

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1840

ABRIL

28

1899

LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

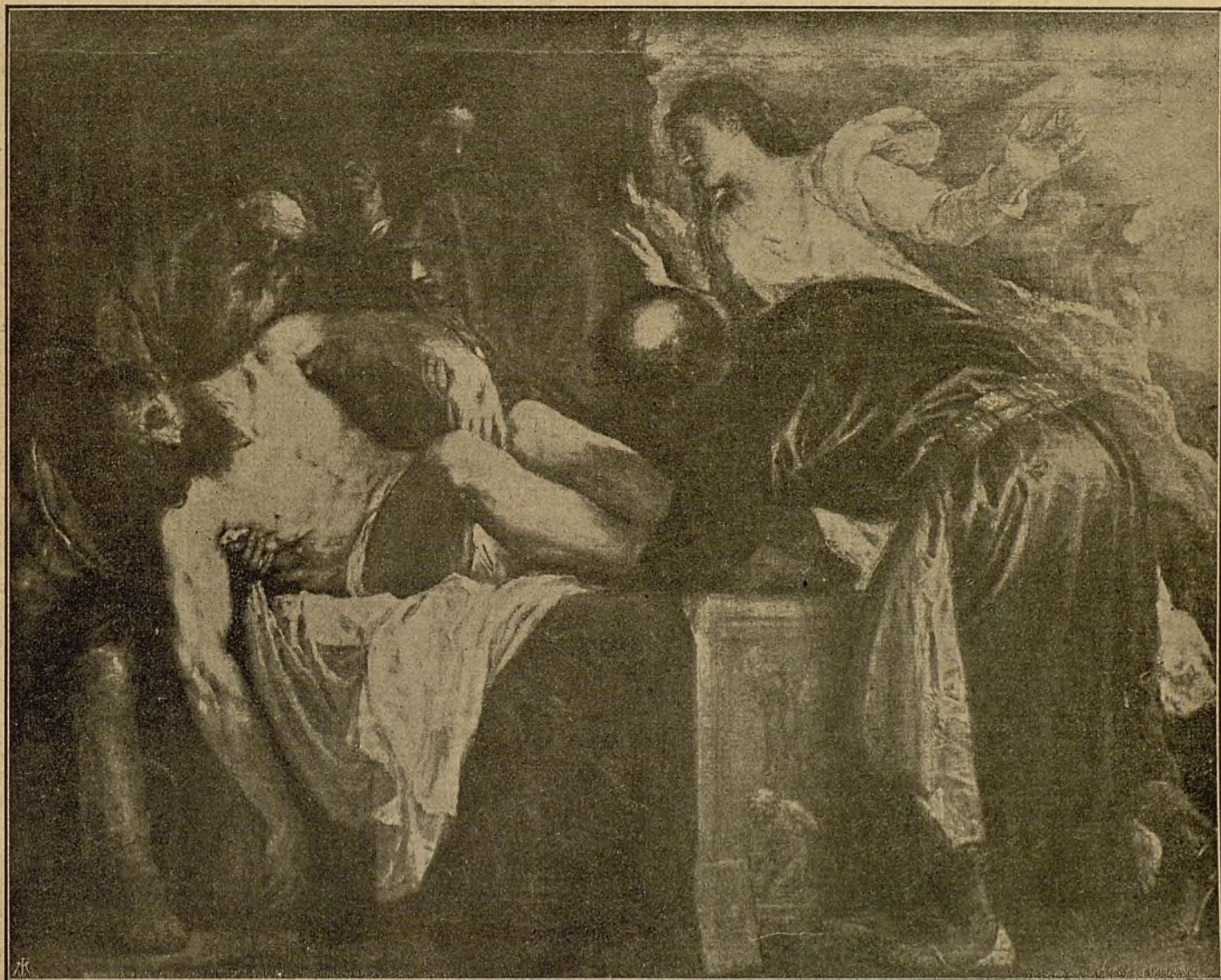
Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Miércoles, 15 Marzo 1899.—N.º 147

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona.



EL ENTIERRO DEL SEÑOR

(Cuadro del Tiziano)



Texto.—CORRESPONDENCIA: *Filipinas; Noruega.*—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN CELOSO MISIONERO, UN SABIO EMINENTE Y UN GRAN PATRIOTA: Biografía del P. Agustín M.^a de Castro, agustino (continuación).—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—NECROLOGÍA: Rdo. P. Antonio Roger, misionero del Sagrado Corazón.—CRÓNICA: *Filipinas.*—VARIEDADES: Vasavadattá. (Tradición india).—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.—SALIDA DE MISIONEROS.

Grabados.—EL ENTIERRO DEL SEÑOR.—LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.—JAPÓN: Rocas y despeñaderos en la costa Este de Hakodaté.—AL PIE DE LA CRUZ.—LA ÚLTIMA ESCENA DEL CALVARIO.—LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.—JAPÓN: Aspecto de Hakodaté en día festivo.—JAPÓN: Rocas y despeñaderos de la costa Este de Hakodaté.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



FILIPINAS

La tragedia de Guiguinto

Carta de un misionero agustino de Filipinas (1)

M. R. P. Fr. Francisco Valdés, obispo electo de Puerto Rico.

Manila, Julio 4 del 1898.

Mi respetable y querido Padre: Son tantos y todos tan desgraciados los sucesos ocurridos en este Archipiélago después de su salida, que no sé por dónde empezar para dar á V. una idea de la angustiosa situación por que pasamos.

Destruída completamente nuestra escuadra en el combate de Cavite, dueños y señores los yankees de la bahía desde el 1.º de Mayo próximo pasado, y macheteados ó hechos prisioneros todos los destacamentos que guarneían las provincias de Manila, Cavite, Bulacán, Nueva Ecija, Tarlac, Pampanga, Pangasinán,

(1) Copiamos de *La Ciudad de Dios* (número correspondiente al 5 de Enero de este año) esta carta interesantísima, en la que se refiere la cruel muerte dada por los insurrectos tagalos á varios españoles y entre ellos á tres beneméritos misioneros agustinos, los Padres Leocadio Sánchez Carrillo, Francisco Renedo Rodríguez y Miguel Atanasio Vera. El autor de la carta, testigo ocular de los sucesos que narra, es un héroe que debió su salvación á una providencia especialísima de Dios, y á su propio valor. Curado en Manila de las heridas que en aquella ocasión recibiera, todavía tuvo alientos para luchar como pocos en la defensa de la capital del Archipiélago Filipino, atacado por yankees y tagalos, por lo cual le ha sido concedida la cruz de Carlos III. Hoy ha regresado el P. Girón á la Península con el cargo de profesor de uno de los Colegios de la Orden Agustiniiana. Tal vez más adelante podamos insertar en las columnas de *Las Misiones Católicas* algunos datos biográficos, tanto de los Religiosos asesinados como del heroico P. Girón.

Laguna, Morón, Batangas, etc., etc..., se ignora la suerte que haya cabido á los de otras provincias, que quizá no haya sido más afortunada, porque toda la isla de Luzón se ha levantado en armas, y está sitiada por los insurrectos Manila, donde se sostienen continuos combates. A este tristísimo estado nos ha conducido la desastrosa política de atracción y confianza en los indios. Todos, absolutamente todos los cabecillas *arrepentidos* y los comandantes de milicias nos han vuelto las espaldas, y en un momento han conseguido lo que no hubieran alcanzado en muchos años. El general Peña, coronel Navas, y no sé cuántos coroneles más con sus columnas son hoy prisioneros de Aguinaldo.

Hace tres días llegaron á los yankees algunos refuerzos, y esperan más, si bien no los necesitan, teniendo, como tienen, de auxiliares á sus aliados los insurrectos.

Con ansia verdaderamente febril esperamos también nosotros nuestra escuadra y refuerzos, y si no llegan pronto, quizá no tengamos necesidad de ellos. Gracias al cuerpo brillante de artillería, no se ha entregado la plaza.

Los Padres, excepto unos cuantos que nos hemos salvado milagrosamente, han sido villanamente asesinados ó son prisioneros de estos salvajes, ignorándose el trato que les dan, y que, á juzgar por algunos ejemplos, no debe de ser nada bueno. A las monjas de Mandaloya, que también han caído en su poder, las tienen de enfermeras en el convento de Guadalupe.

Trías, Pío del Pilar, Arnedo, capitán José, Buenca-mino, Macabulos, Joaquín González, todos, absolutamente todos, se han pasado al enemigo. Dios les perdone su villanía. Todo el país nos es contrario, y esto, no haciendo un supremo esfuerzo, y cambiando radicalmente de política, se ha perdido para España, aún venciendo á los americanos.

Y ahora voy á hablar á V. de la horrible tragedia de Guiguinto, por haber sido una de sus víctimas, lo mismo que otras personas conocidísimas y amigos del alma de V.

El 27 de Mayo por la mañana nos avisó el señor gobernador D. Vicente Cuervo, valiente y dignísimo español, que concluía de hacerse cargo del gobierno, y que si hubiera ido antes quizá habría evitado, al menos en parte, la horrorosa catástrofe ocurrida en Bulacán. Nos avisó, digo, del peligro, y nos suplicó y aún nos mandó bajásemos á Manila, porque de un momento á otro era fácil se sublevase la provincia, y no quería recayese sobre su conciencia nuestra sangre, si, como creía, llegáramos á ser asesinados ó hechos prisioneros, pues nosotros no teníamos obligación de batirnos. Le agradecemos en el alma su atención, y yo, en nombre de todos, le dije que donde la Religión ó la patria nos necesitasen, allí estaríamos, considerándonos muy honrados en morir á su lado, y derramar nuestra sangre por tan santa causa. Insistió, sin embargo, y por no darle un disgusto, llevado como era de su buen deseo y de su cariño hacia nosotros, decidimos trasladarnos á Manila, en compañía de toda la colonia, que avisada por él igualmente del peligro que la amenazaba, bajaría en el mismo tren. Así lo hicimos, y estando ya todos en la estación, supimos con disgusto que el tren venía con

dos ó más horas de retraso. Cansadas las señoras de aguardar, y habiendo sentido allí dolores de parto la señora de Medina, determinaron volverse á Bulacán, aplazando el viaje hasta el día siguiente. No habiendo vehículos para todos, se quedaron aguardando en la estación la vuelta de los carromatos los Sres. Medina y Pastrana, la señora del capitán Olmo é hijas, sobrino de Pastrana, cuñado de Medina y varios hijos de éste. El Dr. Díaz, que acompañaba á la parturienta, vió algunos grupos armados que se burlaron de él, y no le asesinaron sin dudá por no alarmar á los que en la estación quedábamos, ó porque estaba ausente el cabecilla, pues ellos se reunieron al enterarse del retraso del tren.

No habría aún llegado á la cabecera Díaz (los otros españoles lo habían hecho un cuarto de hora antes), cuando una turba de asesinos, compuesta de unos doscientos hombres armados con bolos y algunos rewólvers y fusiles de los voluntarios de Guiguinto, y dando gritos salvajes, acometieron á Medina y Pastrana en la puerta de la estación, donde tres segundos antes los había dejado, después de dar órdenes al cochero para que condujera á las señoritas citadas á Bulacán. Al oír los gritos, yo que acababa de sentarme en el andén junto á los PP. Renedo y Vera (éste volvía de Manila aquella misma noche, y le indujimos á que nos acompañase otra vez y no continuase á Bulacán), di un salto, y como por intuición tiré del kris que casualmente y por primera vez llevaba debajo del hábito, y ya tuve que hacer frente á los que habían estado con apariencias pacíficas en el andén, y que bolo en mano se nos echaban encima.

Mi actitud los desconcertó, por creer sin duda que yo no disponía de otras armas sino del bastón palasán que media hora antes me habían robado. Protegí la retirada de los PP. Vera y Renedo hacia la oficina, y yo entré por la puerta del despacho; pero viendo que aquéllos asustados no cerraban puerta ninguna, y que cada vez eran más furiosos los ataques, decidí jugar el todo por el todo y defender la vida de los demás españoles al mismo tiempo que la mía. Los momentos eran supremos. De un salto salté la puerta de media hoja que da á la sala de espera, donde se oía principalmente el alboroto, y kris en mano, me abrí paso por entre aquellos salvajes, dejando cinco tendidos. Tal terror les infundí, que ni á atacarme se atrevieron; y lo más que hacían era pasar corriendo, y sin mirarme, alargar los bolos por si me alcanzaban. Dios me ayudaba y me inspiraba. Se me ocurrió la idea de dominar la escalera y hacerme fuerte. Dicho y hecho: de un salto acometí á un grupo de unos diez que había en la puerta, y de unos cuantos tajos la despejé. Al intentar subir la escalera me encontré con tres de ellos, que al ver mi actitud echaron á correr como unos cobardes.

Al llegar arriba tres bien vestidos ocupaban una puerta, y al ver que iba derecho á ellos se arrodillaron y me pidieron perdón, diciéndome que eran pasajeros. Los perdoné.

En la sala me causaron una herida de bolo en el brazo izquierdo, fuera de otras sin importancia en los dedos, y al acometer á los de la escalera recibí otra en la ceja izquierda, faltándome entonces muy poco para perder el conocimiento y caer desplomado.

Una vez arriba salté al tejado, donde me di cuenta de lo que acababa de ocurrir, é hice el acto de contrición y de perdón de mis enemigos.

Desde allí oía los alaridos infernales de los indios, los ayes de las pobres víctimas que hubieron movido á compasión á las mismas piedras, y el silbido de las balas que disparaban aquéllos para alejar de sí mismos el miedo é infundir terror en el pueblo. La frase mejor que dirigían á aquellos mártires era la de *babuy castila*, etc., etc.

Notando que se acercaba un tren, aguardé á que pasase, y grité: «¡Auxilio, españoles!» y viendo que no hacían caso, y que el jefe (indio) se dirigía hacia la máquina para dar salida, de un salto me planté encima de un vagón. Entonces abrieron las portezuelas y al verme bañado en sangre, españoles é indios bajaron, y les enteré de lo ocurrido. Inmediatamente pensó el señor jefe de la fuerza en dar alcance á los enemigos. Me ofrecí á acompañarle para perseguir á los indios, á quienes había visto huir hacia Tuctucán y Panginay, pero no lo creyó *prudente* por el estado en que me encontraba y la excitación nerviosa que me dominaba. Al oír mis gritos y las voces de mando, salieron la pobre señora de Olmo, y las dos señoritas á quienes dejaron los insurrectos porque no habían podido llevárselas. Todo ello hasta la llegada del tren no duró un cuarto de hora, durante el cual perpetraron innumerables crímenes.

La fuerza, que se componía de unos doscientos hombres, entre cazadores é ingenieros, hizo un pequeño reconocimiento, y vió el cuadro más horroroso. Medina en calzoncillos, pues hasta los calcetines se llevaron, tendido en la cuneta junto á la puerta de la estación, cosido á puñaladas y con el cráneo dividido: los Padres Renedo y Vera horriblemente heridos y muertos en el cuarto oficina, donde yo los dejé, y el pobre P. Leocadio entre los plátanos donde se escondió, más desfigurado aún que los otros Padres: los indios habían cubierto su cadáver con hojas de plátano, con el fin, sin duda, de llevárselo, como el de Pastrana, que amarraron á la cola de un caballo. También asesinaron aquellas fieras á una pobre criatura, hija de Medina, de diecisiete meses. De todo lo que vi aquella fatídica noche, el horroroso cuadro de los cadáveres fué lo que más honda impresión me produjo.

Los PP. Renedo y Vera se absolvieron y murieron rezando. Leocadio estaba separado: Dios se compadecería de él, y la devoción que á la Virgen tenía le habría valido. El P. Renedo no creyó la cosa tan grave, pues al oír los gritos, y ponerme yo en guardia, me dijo medio en broma: «Ya están ahí esos,» últimas palabras que le oí.

De los seis varones que estábamos, yo solo me he salvado por un milagro de Dios, á cuyo servicio y al de su Santísima Madre dedicaré la vida que nueva y graciosamente me ha concedido.

Excuso decirle, que tanto á nosotros como á los demás, nos robaron cuanto teníamos, incluso manuscritos y documentos. Yo no he salvado más que la ropa ensangrentada que traía puesta. Los conventos han sido saqueados, y en el mío han establecido las oficinas, teniendo en él, además, treinta cazadores prisioneros, con un oficial y el capitán Calvo.

El P. Felipe (1) que, como párroco de Bulacán, se quedó á correr la misma suerte que el señor gobernador, ha sido hecho prisionero en unión del P. Prada (2). Ignoramos lo que con ellos habrán hecho después, si bien tememos por la suerte de todos los prisioneros que han caído en manos de estos salvajes. Asegúrase que los tratan horriblemente, y los hacen tirar de los carretones, diciendo que antes eran arrastrados por carabaos negros, y ahora tiran de ellos los blancos. Los Padres Quirós y Melero (3) están presos en Balinag, y así de los demás. Al P. Tarrero (4) le fusilaron por haber dado un informe reservado contra el que es hoy jefe del Centro de Luzón, Maximino Hisón, de México...

Me voy extendiendo demasiado, pues el enfermo no sabe hablar más que de sus padecimientos, y me he olvidado de lo principal, que es dar á V. mi cordialísima enhorabuena, pues supongo que ya estará consagrado. Que sea para gloria de Dios y de su Santa Iglesia, y bien de su alma *ad multos annos*. Sea cualquiera la dignidad de que V. esté revestido, para mí siempre será mi querido P. Valdés, y bien seguro estoy de que no se olvidará V. nunca de sus hermanos, y mucho menos de los que, sin merecerlo, nos honramos con su amistad.

¡Dichoso V. que no ha visto la descomposición del cadáver, y la ruina moral y material de este desgraciado Archipiélago, al que tanto amaba! ¡Y me decía V. que sentía marcharse en tan tristes y críticas circunstancias! ¡Quién hubiera podido acompañarle antes de ver tanta desolación!

No cese de rogar al cielo por Filipinas y por estos queridos hermanos que tanto padecen. Dios prueba á sus escogidos, y les envía tribulaciones para su purificación.

Le repite la enhorabuena y se encomienda á sus oraciones su menor hermano q. s. a. b.

FR. FRANCISCO M. GIRÓN.

(1) El P. Felipe Landáburu, agustino, que acababa de ser nombrado curapárroco de Bulacán, en sustitución del P. Valdés, electo obispo de Puerto Rico. A propósito del P. Landáburu copiamos de una carta que en el mes de Noviembre del año pasado publicó *El Diario de Barcelona*: «Si se examina la cuestión india, se ven en ella contradicciones como las siguientes: El antiguo párroco de Angat (Bulacán) es trasladado antes de estos sucesos por sus superiores á la cabecera de la provincia; llega la rebelión, capitula Bulacán con los insurrectos, los españoles prisioneros, y con especialidad los frailes, son sometidos á la más odiosa esclavitud, sufriendo todo género de vejaciones, trabajos y castigos.

«Pues bien; un día se presenta en Bulacán una Comisión numerosísima del pueblo de Angat, y en nombre de todos ruega al cabecilla Gregorio H. del Pilar que les devuelva á su antiguo párroco; Pilar accede, tras hacerse suplicar mucho, á ello, y el Padre Felipe Landáburu vuelve á su parroquia vitoreado por sus feligreses, que le colman de atenciones.

«En San Fernando de la Pampanga sucede lo propio con el cura del pueblo de Betis.» (Lo era el virtuosísimo P. Manuel Camañes, que hoy se encuentra en Manila).

(2) El P. Isidoro Prada Infestas, agustino, vicario provincial y foráneo de Bulacán, y curapárroco de Balinag.

(3) Los PP. Pedro Quirós Avella y Lorenzo Melero de la Raza, agustinos, párrocos respectivamente de San Rafael y de Bustos, en la misma provincia de Bulacán.

(4) El P. Juan Tarrero Revilla, agustino, modelo de misioneros y de patriotas; cuya apostólica vida y ejemplarísima muerte procuraremos dar á conocer á los lectores de *Las Misiones Católicas* más adelante.

NORUEGA

Una visita á los leprosos

Publicamos á continuación el siguiente é interesante relato del viaje que por Noruega acaba de realizar el R. P. Evasio Raba-gliati, Pbro., misionero salesiano.

CUMPLIENDO con la promesa que le hice á V. antes de emprender mi viaje á Noruega, le escribo la presente, participándole ante todo que me fué de gran consuelo y ayuda la paternal bendición que recibí de nuestro amado Padre D. Rúa momentos antes de mi partida, pues no tardé mucho en experimentar sus efectos. Apenas llegué á la estación de *Porta Nova* en unión de mi compañero de viaje Dr. Fornara, temí que en medio del inmenso gentío que se agrupaba á la taquilla para tomar billete, me podían escamotear el dinero del viaje de los dos, y para estar más seguro, no quitaba las manos del bolsillo en que lo llevaba. Pero mientras estaba pagando los billetes, único momento en que había dejado libre el bolsillo, noté que éste había disminuído de peso; meto la mano inmediatamente, y lo hallo vacío: el portamonedas con 1,100 ptas. en oro, había volado. Miro á mi alrededor, y observo que un hombre, á pasos acelerados, estaba para internarse en una galería que hay á la extremidad de la estación y en donde reinaba la más completa obscuridad, pues eran las once y media de la noche. Dejé los billetes y la cartera sobre la taquilla, y corrí detrás del desconocido antes de que desapareciera. Cuando logré alcanzarle, lo aferré por el cuello, y con todas las fuerzas de mis pulmones grité: «¡Miserable, devuélveme mi dinero!» Al verse el caco acometido de improviso tan bruscamente, intentó desasirse pronunciando algunas palabras ininteligibles; pero yo le estreché con más fuerza, y casi seguro de haber hallado el ladrón, levanté todavía más la voz y volví á apostrofarlo nuevamente. Cuando vió que era inútil todo intento de huida, me dijo en voz baja: «Tome, Padre, tome, y no grite ni diga á nadie nada;» y me entregó el portamonedas, que hallé intacto. Le dejé, y al dirigirme de nuevo á recoger los billetes y la cartera, vi que dos hombres, no sé si de la policía secreta ó amigos del *rata*, le seguían; no puedo decirle cómo acabaría aquella escena serio-cómica. A mi llegada á la taquilla, el vendedor de billetes que no sabía la causa de mi repentina desaparición en el momento en que iba á recibir los billetes y á pagarle, me echó un buen sermón; pero yo dejé que dijera todo lo que quisiese, porque no era tiempo ni ocasión de darle explicaciones.

He aquí los primeros efectos de la bendición de don Rúa, dije á mi compañero: espero que el viaje lo haremos felizmente. Puedo decirle á V., señor Director, que fuí profeta.

Objeto de mi viaje.—Encuentro providencial con el Vicario apostólico.—Caridad de los noruegos.—Estado del Catolicismo en aquella región.—Festividad de la Asunción.—Varias visitas al Ilmo. Sr. Fallize.

No me detengo á describir el rápido viaje de Turín á París, ni el más rápido de París á Londres, ni menos el rapidísimo de Londres á New Castle, en el extremo

Oriente de Inglaterra, en el cual recorrimos 700 kilómetros en unas seis horas, caminando 116 kilómetros por hora. Tampoco le digo nada del magnífico cultivo que los ingleses dan á sus campos, que parecen jardines, ni de la bonanza del tiempo durante los días que navegué en el mar del Norte, pues juzgo importará poco ó nada á los lectores de esta *Revista*.

Paso por lo tanto inmediatamente al objeto primordial y único de mi viaje. Era éste ver, observar é interrogar á los pobres leprosos de Noruega; conferenciar con los médicos que les cuidan; informarme de las principales bases en que están fundados los lazaretos; cuáles son sus medios de subsistencia, clase de alimentación, régimen y horario interno y externo, y leyes gubernativas, para formarse una idea y poder introducir todas las mejoras posibles en los actuales y futuros lazaretos de Colombia.

Este y no otro fué el objeto de mi viaje, que no estoy ya para viajes de recreo después de la accidentada vida que he tenido durante los 23 años que llevo de misionero en América.

Como le decía á V. en un principio, la bendición de don Rúa me ha valido para conseguir todo y aún más de lo que deseaba. Un pensamiento me inquietaba en el viaje, y era el de no conocer á nadie en Bergen para que me sirviera de intérprete y de guía, pues el único cooperador salesiano en toda Noruega que me podía favorecer y prestar su ayuda, era el vicario apostólico Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Fallize, que tenía su residencia fija en la capital, Cristianía. Ni siquiera había pensado en llevar algunas recomendaciones de los Gobiernos italiano y colombiano, ni de informarme si en la ciudad de Bergen existía alguna iglesia católica, aumentando aún más mis temores y preocupaciones al pensar que desconocía por completo la lengua noruega. Con un poco que hablo el francés y algo inglés, pude hacerme entender hasta que me condujeron á un hotel, cuyo dueño hablaba medianamente el francés. La primera pregunta que hice, fué si había en la ciudad alguna iglesia católica. «Señor, me dijo, no lo sé de cierto, creo que hay una; me informaré prontamente, para en caso que la hubiera, decírselo y mandar que le acompañen.»

Algunos momentos después llamaba yo á la puerta de una humilde y antigua casa, pegada á una iglesia



LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.—(Dibujo de Hoffman)

que en su exterior revelaba que era católica. Mi sorpresa fué grandísima cuando vi que el que salió á abrirme era un caballero alto, con barba, vestido de paisano, y con un pectoral y cadena de oro al cuello como se usa entre los Obispos católicos.

Al verle, yo no sabía qué decirle ni en qué lengua hablarle; él me dijo en noruego algunas palabras que no entendí, aunque supuse que me preguntaba quién era y qué quería. Deseando poner fin á aquella situación embarazosa, resolví preguntarle en italiano si por casualidad era él el Ilmo. Sr. Fallize, vicario apostólico de Noruega, á lo que él mismo me contestó en correcto italiano. *Deo gratias*, exclamé al mismo tiempo que me arrodillaba para besarle el anillo. Con suma amabilidad me hizo entrar, y siempre en italiano correctísimo me preguntó quién era, de dónde venía y en qué podía servirme. Cuando le dije quién era yo, y quién mi compañero y el objeto de mi viaje, me manifestó su contento, y nos entretuvo con él algún tiempo, haciéndonos varias preguntas y hablándonos del Padre

Santo y de Roma, en donde pasó algunos años de su juventud, haciendo los estudios eclesiásticos. Nos dijo también que era lector asiduo del *Boletín Salesiano*, y que admiraba la Obra verdaderamente providencial de D. Bosco y de sus Misiones, ya extendidas por todo el mundo. En un cierto punto de la conversación me tomé la libertad de preguntarle el motivo por el cual se hallaba en Bergen, teniendo su residencia fija en Cristianía.

—Por una verdadera casualidad, me respondió: hace pocos días que vine aquí á dar los primeros pasos para construir un hospital católico, á fin de evitar que en lo sucesivo los católicos sean llevados á los de los protestantes cuando tengan la desgracia de caer enfermos; gracias á Dios las cosas marchan perfectamente. Ya hemos comprado el terreno en un sitio á propósito, y uno de estos días haremos la escritura. Su construcción nos costará unas 80,000 coronas (moneda noruega equivalente á una peseta cuarenta céntimos), cantidad obtenida por un empréstito hipotecario, cuyos intereses nos ayudará á pagar la pensión que en el hospital se les exige así á los enfermos protestantes como católicos. También confiamos en la caridad de estos católicos, y aun en la de algunos protestantes, pues es tan grande, que es una verdadera bendición de Dios. Este será el décimo hospital católico que en el transcurso de pocos años se levanta en Noruega; y como le digo, estoy seguro del buen éxito.

Sorprendido yo con lo que me había dicho de la caridad y protección de los protestantes para con los católicos, me movió á preguntarle si verdaderamente favorecían mucho las obras católicas.

—Es tan grande la generosidad de algunos de ellos, me respondió, que yo mismo me he maravillado, especialmente cuando pido á beneficio de los hospitales. Me dijo que en toda la Noruega hay cerca de dos millones de habitantes, varios miles de los cuales son ya católicos dependientes de 14 Misiones esparcidas por todo el reino, asistiéndoles 20 sacerdotes, y que los católicos gozan de absoluta libertad, *más que en ciertos países que yo conozco*, añadió su señoría no sin malicia, y que en no pocos protestantes se nota una marcadísima propensión á ingresar en el Catolicismo, razón por la que continuamente da gracias á Dios y al Padre Santo que le han confiado una Misión que tanto promete y tantos consuelos le proporciona. Bergen, continuó, es la menos floreciente de todas las Misiones, pues hace poco que se fundó, y de 70,000 habitantes que cuenta toda la ciudad, apenas 250 son católicos; pero espero que dentro de poco se aumentará considerablemente, tanto por el celo y piedad de los dos sacerdotes que aquí residen, como por la deferencia y amabilidad con que nos tratan las Autoridades civiles, la mayor parte de los seculares protestantes, y algunos de sus pastores. El obispo protestante tiene severamente prohibido el que se escriba y aún se hable mal de nuestra santa Religión. Conozco obras de teología protestante escritas en estos últimos tiempos, que no hay ningún inconveniente en adoptarlas de texto en nuestras aulas; y hay ministros que tratándose de materias de religión, no publican una obra sin que yo les dé antes mi consentimiento y el visto bueno. Estoy completamente convencido de que muchos de estos protestantes se salvan dado

el género de vida que hacen, y teniendo también en cuenta su buena fe. En cuanto á ciertos errores y preocupaciones y á la confesión, van desapareciendo poco á poco; tanto que son ya muchos los protestantes que admiten todas nuestras verdades; sólo que atemorizados por el respeto humano ú otros motivos, no se deciden tan fácilmente á declararse francamente católicos. Pero no todo el monte es desgraciadamente orégano; por lo que si exceptuamos, como he dicho, unos cuantos ministros, el clero luterano en general y en particular el de Bergen, no nos mira con tan buenos ojos, ni tenemos que agradecerle muchos favores que digamos. El campo es vastísimo, y la mies á pesar de todo abundante; no falta otra cosa sino que el Señor envíe muchos y buenos obreros para recogerla. ¡Verdaderamente el Espíritu Santo inspiró al inmortal León XIII al escribir las brillantes Encíclicas llamando á los protestantes al rebaño de San Pedro!

Y como la visita se prolongaba ya demasiado, temiendo ser indiscreto di las gracias á S. Ilma., y le prometí volver á visitarle alguna que otra vez durante los días de mi permanencia en aquella ciudad. «Sí, sí, venga cuando guste, que nos proporcionará tanto á mí como al párroco un gran placer, y nos consolará todo cuanto podamos hacer en favor de un hijo de D. Bosco. Precisamente, añadió, mañana deseamos celebrar con toda solemnidad la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, para obtener una importantísima gracia; si usted quiere cantar la Misa solemne á las diez, tendremos mucho gusto en ello; yo asistiré de pontifical; terminada la función nos acompañará V. á la mesa para hacer un poco de penitencia.» Es natural que no pude rehusar tan amable invitación, y al día siguiente, domingo, canté solemnemente la Misa en la hermosísima iglesia dedicada al apóstol San Pablo, gozando al mismo tiempo de las dulcísimas armonías de una música y un canto que formaban tres numerosos coros de mujeres, acompañados por el órgano que por falta de hombres tocaba una mujer. Manifestando yo después mi maravilla, cómo siendo tan reducido el número de católicos se habían podido formar aquellos magníficos coros, me contestó S. S.: «No se crea V. que todas las señoras que han cantado hoy eran católicas; una buena parte son protestantes; pero aquí son todos apasionadísimos por la música, y aunque sean protestantes, cantan con sumo gusto alabanzas al Señor en cualquier iglesia católica. Recuerdo que no hace mucho tiempo, en Cristianía, una señora judía tomó parte en una de nuestras funciones religiosas: esto le valió la gracia de la conversión, siendo poco tiempo después y hasta el presente, una fervorosa católica.»

Durante la santa Misa la iglesia, que es muy espaciosa, estaba llena de bote en bote, y ciertamente que todos no podían ser católicos, pues como ya dije, éstos no son más que 250, y algunos de ellos habían cumplido ya con el santo precepto, asistiendo á la Misa que se dijo muy de mañana. No tardé mucho en salir de mi duda: muchos de los asistentes, especialmente señoras, eran protestantes que por inclinación ó por curiosidad asisten frecuentemente á las funciones católicas, y muy particularmente cuando en ellas hay el atractivo de la música.

Otras varias veces volví con mi compañero el doctor Fornara á visitar al Ilmo. Sr. Fallize, ya porque nos era muy grata su conversación y amable acogida, ya para ilustrarnos con sus observaciones y pormenores acerca de estas regiones, cuyos recuerdos me serán siempre gratos é imperecederos.

El Dr. Hansen y su célebre descubrimiento—Los leprosos en Noruega y en Colombia.—Sabias leyes gubernativas para los primeros.—Un paseo por la montaña.

Pero como el fin principal de mi viaje era ocuparme de los lazaretos y de los leprosos, naturalmente que era vivísimo en mí el deseo de saludar cuanto antes al doctor Hansen, hoy de fama universal por haber tenido la fortuna de ser el primero en descubrir el *bacilo* de la lepra y de haber empezado su cultivo, abriendo con esto nuevos horizontes á los estudios de la ciencia médica, y llenando de halagüeñas esperanzas á millares de leprosos diseminados por toda la redondez del globo. Hasta el dichosísimo descubrimiento del Dr. Hansen se había considerado la lepra como una enfermedad incurable: actualmente la mayoría de los médicos creen que se puede curar, y se comprende: antes era desconocido el enemigo, y mal se puede destruir á un enemigo que no se conoce; pero ahora el enemigo se ha descubierto, se sabe dónde está, cómo vive, cómo empiezan sus ataques, cómo se desarrolla y multiplica, y cómo finalmente se comunica á los demás: de aquí, pues, la fundada esperanza de hallar los medios para destruir completamente esta terrible enfermedad ó para aminorar sus estragos.

El descubrimiento de este *bacilo* ha conquistado al Dr. Hansen una fama imperecedera y general entre los sabios de nuestros días. A esto ha contribuido no poco el haber sido traducidas sus obras á todas las lenguas de los países en que reina la lepra. En el Congreso médico tenido en Berlín en Octubre de 1897, con el único fin de estudiar los medios de combatir la lepra, fué objeto de las más vivas simpatías por parte de 120 colegas allí reunidos, y hasta del mismo emperador Guillermo, que quiso verle personalmente y congratularse con él por sus descubrimientos; y si algún fruto se pudo recabar de aquel Congreso, en donde fraternizaron los más insignes médicos de todo el mundo, y donde se hablaron todas las lenguas, fué especialmente debido al Dr. Hansen. Nada menos que con un hombre de tanta fama en el mundo médico era con quien yo debía conferenciar; razón por la cual yo tenía mis temores de que tal vez sus muchas ocupaciones no le permitirían recibirme, ó que todo lo más se limitaría á concederme una visita de médico; pero todo esto no fué sino un juego de mi fantasía.

Apenas llegué á Bergen, que es donde tiene su residencia ordinaria el Dr. Hansen, le hice saber desde el hotel en que me hallaba, que un sacerdote procedente de Colombia quería tener con él una entrevista, para lo cual le suplicaba me fijara el día y la hora en que me recibiría. Serían las tres de la tarde cuando yo le comunicaba mi deseo, y la respuesta fué: «A las cinco en punto pasaré al hotel para ponerme á su disposición;» y en efecto, á las cinco en punto se me anunciaba el Dr. Hansen. Cambiados los primeros saludos, pasé de

lleno y sin perder tiempo á exponerle el objeto de mi viaje, cosa que hice hablando siempre en francés, único medio de entendernos. Me había yo figurado al doctor Hansen ya viejo, indiscutiblemente serio, parco en palabras y preocupado como lo están casi todos los hombres que se dedican á arrancar á la ciencia sus secretos, y máxime los que estudian las ciencias médicas; pero nada más lejos de la realidad.

(Se continuará).

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

LOS PIGMEOS EN LA HISTORIA

El arte y los pigmeos.—El enano Nem-hetep.—Fantasías y leyendas.—Hallazgo de los pigmeos.—Tradicón de la Costa Oriental.—El P. León de Avanchers; Scheweinfurth; Du Chaillu; Stanley.

EL hombre antes de escribir dibuja: este hecho vese confirmado aún en nuestros días en todos los pueblos primitivos: el dibujo es siempre el primer sistema de escritura. Así en el caso presente no son los antiguos libros los primeros en descubrirnos los pigmeos: solos ó agrupados vémoslos figurar en crecido número en los antiguos monumentos, y todos los museos de Europa poseen algún ejemplar: figuritas de barro ó de bronce, pinturas y bajos relieves, vajillas de barro, vidrio y porcelana, vasos, lámparas adornadas con relieves, piedras labradas y mosaicos. Entre las esculturas, dice M. Pablo Monceaux (1), deben citarse en primer término el mármol que posee la ciudad de Borghese, el friso que adorna la base de la estatua del Nilo en el Vaticano, y los hermosos bajos relieves de la colección Campana, que han servido de modelo para la decoración de numerosos edificios. Además, los frescos antiguos representan numerosas escenas arrancadas de la historia de los pigmeos: en los sepulcros de Crimea, en las paredes de los salones de Herculano y de Pompeya, especialmente en la casa llamada de los *capiteles pintados*, corren largos frisos, paisajes, caricaturas, fantasías, combates, escenas de la vida, donde juegan y se querellan los legendarios enanos. Pero estos monstruosos liliputienses en ninguna parte recibieron tan favorable acogida como en las casas de los alfareros. Hallamos á los pigmeos en la cerámica de todos los tiempos, los jarrones griegos ostentan figuras pintadas de negro ó de rojo al igual que los vasos de Grenáique, de la Campania y la Etruria. Siempre ó casi siempre nos presentan á los enanos en sus luchas con las grullas.

Sin embargo, «á pesar de la variedad casi infinita de estas representaciones, pueden con toda facilidad distinguirse los caracteres generales del tipo. Para los

(1) *La Légende des Pygmées*, p. 55.

artistas al igual que para el vulgo eran en Grecia los pigmeos enanos monstruosos que existían realmente, pero en lejanas é ignotas regiones.» Eran de corta talla, descomunal cabeza, piernas torcidas, vientre abultado, nariz chata, barba generalmente larga y color negro ó rojo: eliminando de estos caracteres las exageraciones con que el artista dibuja la caricatura, difieren poco de la realidad. El paisaje en que acostumbraban colocarles, representaba siempre, ajustándose á la realidad, las fuentes del Nilo, desconocido palacio que la fecunda imaginación de antiguos pueblos forjó para mentidas deidades: el Nilo superior que perezoso detiene su curso para formar los grandes pantanos que cubren las flores azules y blancas del loto y ombrean las crecidas hierbas, verdes palacios de cocodrilos, hipopótamos, aves acuáticas de largas alas, ánades ligeros y legendarias grullas de grisáceo plumaje. Parecidas á las que constituyen la principal ocupación de los actuales pigmeos son las empresas ó trabajos en las que los antiguos hacen figurar estos enanos: la caza de variados animales, la guerra en la cual frecuentemente toman parte como temibles aliados, y la danza, pues todos son excelentes bailarines.

Preciso es no confundir estas representaciones de los pigmeos con las de los enanos, pues si todo pigmeo es un enano, no todo enano es un pigmeo.

Citaré como ejemplo el pequeño Knoumhoppou, ó según otros, Nem-hotep, pues los sabios no están acordes en la manera cómo deben leerse estos nombres. Hallóse su estatua en uno de los hermosos sepulcros de Sakkarah: en la corte de los Faraones desempeñaba el cargo de cocinero (Mariette), de jefe de perfumes (Maspero), de jefe de la guardarropía (Georges Perrot), ó solamente de danzante y buffón (1). Basta mirar este hombrecillo para claramente conocer su origen: no es un pigmeo. En efecto: además de carecer de cuanto caracteriza al tipo negro, su pesado cuerpo, gruesos brazos, dedos rudimentarios y cortas piernas no dejan dudar de su origen: es un enano de raza egipcia, detenido en la edad de su crecimiento, gracioso, deforme y tal vez de no vulgar inteligencia, causas todas por las cuales era muy popular en la corte. La estatua parece ser fiel reproducción de su figura: vese en el pie el repliegue característico de la elefantiasis (2). Nem-hotep habría sido atacado por esta enfermedad.

Preciso es convenir en que las descripciones de los pigmeos carecen generalmente de fidelidad. Cada artista ha representado á estos hombrecillos como bien le ha parecido ó como los presente la leyenda más vulgar. De cuantos testimonios anteceden, el de Nonnosus, embajador de Justiniano en Etiopía, es el único exacto por la razón de ser el único que los había observado personalmente: no hay entre tantos dibujantes, pintores y escultores que se han servido de ellos para adornar sus obras, uno solo que los haya visto.

(1) Maspero, *Monuments de l'art antique*, de Rayet, t. 1.

(2) Especia de lezna.

Pero no es menos cierto que, vencidos en Africa, en muy remotos tiempos, los pigmeos siguieron viviendo en la memoria de los pueblos antiguos. Roma y Pompeyo, Grecia y Fenicia, conservan monumentos que nos trasladan á Egipto, y de Egipto á las fuentes del Nilo. En ellas hallamos vivo el recuerdo de los Faraones, que con frecuencia dirigieron expediciones lejanas contra las tribus negras que en aquellas tierras les habían precedido. Posesionados de lo que éstas pacíficamente poseían, quisieron los vencedores que en los gigantescos monumentos que erigían figuraran representantes de todas las tribus vencidas. Esta es la causa por la cual al lado de los hijos de Etiopía y de la Libia, veamos estos hombrecillos negros cuyo tipo grabóse tan profundamente en la imaginación de los artistas.

Observa Champfleury en su *Histoire de la caricature antique*, que las tradiciones populares del mundo antiguo guardan en su origen no pocas analogías con los del mundo moderno. «Los pueblos agricultores ó mineros, es decir, todos los hombres que trabajan el exterior ó el interior de la tierra, tienen análoga creencia. Los *Kobold* en alemán, los enanos conocidos con el nombre de hermanos Grimm, los *Berggeist*, los *Birgmannbin* ó enanos de las montañas de Silesia, los Sot-hays del pais wallon son legítimos parientes de los antiguos pigmeos.

En aquella época al igual que en nuestros días, era creencia vulgar que estos hombrecillos poseen los secretos del porvenir y que se los inspiraba algún dios. Los etíopes adoraban al pequeño Bes barrigudo, deforme y negro; los egipcios á Ptah, los fenicios forjaronse los Patêques y los Poumai, y los cipriotas rendían culto al dios negro Pygmaion...

Pero volvamos otra vez á los pequeños bufones egipcios. Al lado de los que en aquellas remotas edades forman parte de la corte de los príncipes y que vemos en las pinturas de Beni-Hassán, Mariette, dice M. Monceaux, ha descubierto en un antiquísimo monumento el retrato y el nacimiento de un pigmeo auténtico. Entre prisioneros que representan las naciones vencidas aparece el pequeño negro, y á su lado léase la palabra *Akka*: este mismo nombre es aún en la actualidad, el de una de los principales grupos de tribus enanas del Africa Oriental.

Más humilde y más justo á medida que conoce mejor las cosas, el siglo XIX da en este asunto como en otros la razón á las crónicas y á los artistas antiguos. En realidad, el único viajero que como dejamos dicho habla de los pigmeos después de haberlos visto y los describe con toda exactitud, es Nonnosus. Por lo que á los demás se refiere, no nos admira acepten las exageraciones sucesivas que ha sufrido el tipo primitivo al pasar por la fantasía de los poetas y la imaginación de los pueblos. En Zanzíbar fué durante el año 1882, donde por vez primera oí hablar de los pigmeos á unos tratantes de indígenas de la Costa Oriental, y debería solamente transcribir su relato, para formar una página parecida á las de Herodoto ó Appien: «Lejos en el interior, de-

ciame uno de ellos, encuéntranse unos hombres muy graciosos: de pequeña estatura, piernas cortas, gordos, cubiertos de pelo, cabeza cuadrada y tan gruesa que al echarse ó al caer necesitan del auxilio de otro para ponerse en pie. De manera que entre ellos reside siempre algún miembro de las vecinas tribus para ayudarles á levantarse después del sueño. Viven de la caza, y nadie en la guerra puede resistir su ataque. He visto algunos blancos como tú.»

Algún tiempo después en Mombassa habláronme también de los célebres «hombres con cola,» uno de cuyos representantes, Nyams-nyams, vió Guillermo Lejean: hombres con cola, es verdad, pero con cola postiza, la cual gustan vestir como adorno. Es un *gusto* africano que tal vez llegue á usarse en Europa, cuando nos cansemos de todos los demás.

Finalmente, algunos viajeros somalis, que pretendían conocer el país situado al Sud y al Este de la Etiopía, me aseguraron con risible gravedad que existía una tribu más curiosa aún: en ella las mujeres eran como las del resto del género humano, pero los hombres eran perros, verdaderos perros que andan á cuatro patas, pero que hablan como verdaderos hombres. Mi admiración subió de punto al hallar consignada tan absurda leyenda por un autor del siglo XVI, Ludolf (1), que menciona la tribu de los ¡hombres-perros!

(1) Ludolf, *Historia Ethiopice*.

Las leyendas precedentes habían sido recogidas en esta misma región y en tiempos muy antiguos por el R. P. León de las Avanchers, misionero capuchino. En carta dirigida á Mr. Antonio d'Alladie, habla de los «Wa Berrikimos ó Cincallés,» que personalmente vió algún tiempo después en el reino de Géra, seres deformes, de gruesa cabeza, y que como máximo medían cuatro piés de alto (1).

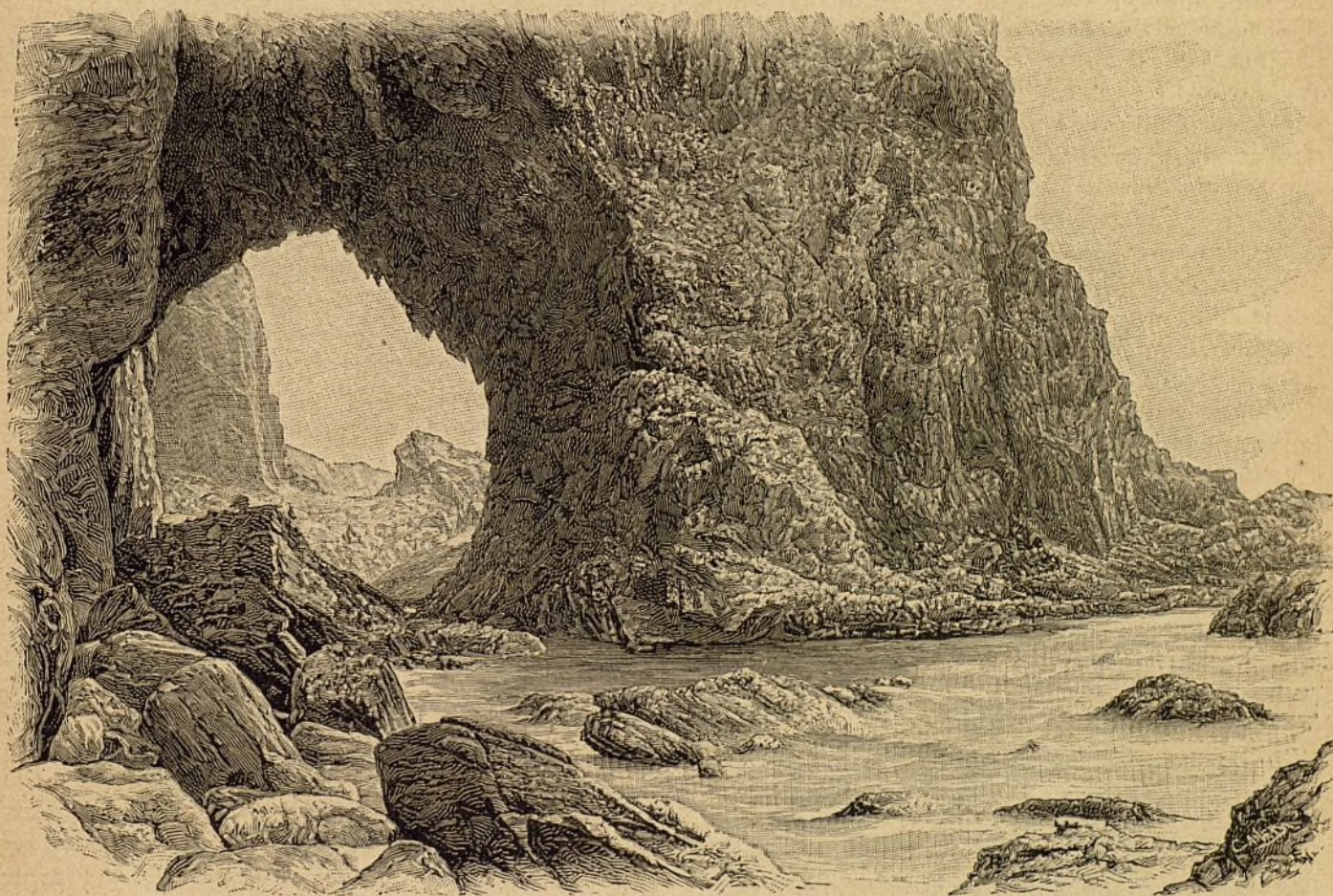
Llegamos al año 1866: ¡los pigmeos de Nonnosus, de Herodoto y de Homero han sido descubiertos!

Algún tiempo después, en un largo viaje que empezó en Julio de 1868 y terminó en Noviembre de 1871, el Dr. Schweinfurth remonta el curso del Nilo, cruza un lago que forma el Wellé, afluente del Congo, y en el territorio ocupado por la poderosa tribu de los mombutu descubrió la raza enana de akka: nombre que Mariette había leído en el célebre monumento egipcio de Beni-Hassán, cuyo origen remóntase al tiempo de los Faraones (2).

Pero no sólo en la región del Alto Nilo viven descendientes de los antiguos pigmeos. Du Chaillu, Marche y otros hallaron representantes de este pueblo singular en el Gabón, y los compararon á los «Boschjesmannen,» descubiertos entre los hotentotes por los colonos holandeses, y finalmente Stanley, que señala su existencia en el relato de su heroica travesía del «continente misterioso,» pudo más tarde contemplarlos personal-

(1) A de Quatrefages, *Les Pigmées*, p. 251.

(2) Schweinfurth, *Au cœur de l'Afrique*, 110.



JAPÓN.—Rocas y despeñaderos en la costa Este de Hakodaté: reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Ribaud.
(Pág. 61)

mente en el inmenso bosque que se extiende entre el Congo y el lago Albert. El primer miembro que le fué presentado era un joven que medía un metro veintidós centímetros de altura; las impresiones que esta entrevista le causara transportanle á la historia de los antiguos tiempos, y la página que á relatarlas dedica nos servirá á nosotros para terminar esta corta revista de la historia de los pigmeos.

«Era, dice, el primer enano adulto que tenía ocasión de admirar. Pasé la mano por su cuerpo, cubierto de pelos largos de doce milímetros aproximadamente, y parecióme tocar un traje de piel (1). Cubría su cabeza una especie de bonete, robado tal vez ó quizás recibido como regalo, y adornado con un penacho de plumas de papagayo. Larga banda de corteza de árbol cubría su desnudez. Los sucios extremos de sus delicadas manos llamó nuestra atención. Venía indudablemente de descortezar bananas.

«No hay en Londres periodista capaz de adivinar los sentimientos que al contemplar aquel diminuto habitante del inmenso bosque central del continente negro, sentía nacer en mi corazón. Este pigmeo apenas contaba veinte años, y veíalo más viejo que el Memnonéum de Tebas. Aquel diminuto cuerpo presentábase uno de los más antiguos tipos del hombre primitivo: este enano de piel cobriza descendiende en línea recta de los desterrados de la antigua edad de los israelitas, que arrojados de la casa de su señor, procuraban huir de los lugares habitados por trabajadores, privados siempre de la alegría y delicias del hogar, eternamente desterrados, deseosos sólo de entregarse á sus vicios, de vivir la vida de la bestia humana en los pantanos y al fondo de impenetrables selvas. Sus antepasados, Herodoto nos dice, aprisionaron á cinco jóvenes viajeros nasamons, con los cuales se divertieron paseándolos por las poblaciones que se extendían cabe las orillas del Níger. En la más remota antigüedad era ya conocida esta raza: los griegos cantaron sus célebres luchas con cigüeñas legendarias, y posteriormente desde Hekatée, quinientos años antes de Jesucristo, asignábaseles como morada las montañas de la luna. Cuando Moisés sacó á los hijos de Jacob de la tierra de Gessén, eran los pigmeos dueños absolutos de la porción más sombría del sombrío continente. Seguían poblándola en tanto que las innumerables dinastías de Egipto y Asiria, de Persia, Grecia y Roma, florecían durante un relativamente corto período, para luego caer y convertirse en polvo. Y durante esta larga serie de siglos este diminuto pueblo corría errante de una á otra región. Arrojados de las orillas del Níger, empujados por las sucesivas emigraciones de pueblos de más alta talla, dirigiéronse y escondieron sus chozas, cubiertas de follaje, en las más impenetrables y misteriosas regiones de las selvas. Hermanos suyos son los bushmen, los «brussards» del Africa Meridional; los watwa, del lago de Tulungu; los akka, de Mombuttu; los bolia, de Mabodé; los wambuti, de Ihourou, y los batwa, que viven en los montes de la luna (2).

(1) Tal vez no sea inútil advertir que M. H. Stanley, viajero muy atrevido y feliz, principió su carrera siendo periodista norteamericano. Cuanto refiere es generalmente verídico, pero cada hombre tiene su manera de vestir la verdad. ¿Será tal vez por vergüenza que Stanley evita varias veces presentarla tal cual es?

(2) M. H. Stanley. *Dans les Ténèbres de l'Afrique*.

Un celoso misionero un sabio eminente y un gran patriota

Biografía del P. Agustín Maria de Castro, agustino

(Continuación)

EL día 4 los fuegos de los buques del Almirante en combinación con los del campo de Santiago y Bagumbayang abrieron ya brecha en la muralla por la parte que mira hacia el mar, visto lo cual por Draper, mandó suspender el ataque, y envió un tercer mensaje al Arzobispo intimándole la rendición. A pesar de encontrarse ya los defensores de la plaza en condiciones sumamente críticas y desesperadas, y de haber caído sobre la ciudad de Manila durante el sitio 20,000 balas de cañón, 6,000 bombas y muchas carcacas que incendiaron la ciudad por diversos puntos, todavía recibió Draper otra nueva y rotunda negativa; hasta que por fin el día 5, no sin contar con la traición de un oficial francés llamado Fellet que estaba al servicio de España, y con la aquiescencia del Arzobispo, de quien sabía que por miedo á los horrores de un saqueo, era inclinado á la capitulación, se decidieron á dar el asalto, y lograron penetrar en la plaza, obligando al Sr. Rojo á entregarles el mando y á capitular en condiciones relativamente ventajosas. No las cumplieron, sin embargo, los ingleses, y la ciudad de Manila fué por espacio de cuarenta horas víctima del saqueo de las tropas británicas, y de muchos indios y chinos que, uniéndose á los vencedores, les enseñaban donde estaba el dinero y las alhajas, para que las tomasen. Exigieron además cuatro millones de duros, amenazando con la muerte al Arzobispo y demás españoles, si no los entregaban; y para satisfacer estas injustas exigencias hubo que echar mano de toda la plata que poseía el Sr. Rojo, tanto labrada como sin labrar, de los fondos de las obras pías, del dinero y alhajas de las iglesias, y del peculio particular de las principales acadalados de Manila, y aún así no se pudo reunir ni la mitad de la suma pedida, por lo cual se vió obligado el señor Arzobispo á firmar una libranza de dos millones contra el tesoro de España (1).

(1) En un manuscrito que tenemos á la vista encontramos la siguiente relación de las cantidades que se recolectaron para entregarlas á los ingleses: «De Cajas Reales 12,469 pesos.— Del gobernador 6,991.— De la Catedral 9,000 pesos en plata acuñada y 33,973 en plata labrada.—La iglesia de Quiapo 716 pesos en plata labrada.—La de la Ermita 5,117 en lo mismo.—De Santo Domingo y su Tercera Orden 16,028 en plata acuñada, y en labrada 11,616.—De la Tercera Orden de San Francisco 58,000 pesos en plata acuñada y 970 en labrada.—De San Agustín 25,556 pesos en plata acuñada y 11,025 pesos en plata labrada.—De la Compañía (de Jesús) 40,434 pesos en plata acuñada y 8,794 en plata labrada.—De la Misericordia 196,042 pesos, 2 reales y 4 gramos en plata acuñada.— Del menor Ruiz 1,472 pesos en plata labrada y 836 depósito de Varela. Suman todas estas partidas 459,420 pesos. El vecindario y familias de posibilidad que había, á saber: Infante, Reyes, Jugo, Villar, Suárez, Ocampo, Memije, Varela, Bogan, Piñón, Monteroso, Mazo, Neyra, Lizárraga, Ruano, Noriega,

Preciso es confesar, dice un historiador (1), que no faltó valor á los habitantes de Manila; y que su defensa, sin ser heroica, puede calificarse de digna. Carecieron de dirección y de medios adecuados al enemigo que los combatía, y ya se ha visto que con ser éstos muy superiores en número, en táctica y en armamento, les costó trabajo vencer, y amenguaron su triunfo valiéndose de la traición.

«Esta opinión no es sólo nuestra, sino que tiene otros más competentes sostenedores.

«No es posible fijar con exactitud las pérdidas sufridas por ambas partes. Los ingleses parece ser que perdieron más de mil hombres, y una veintena de jefes y oficiales. De los nuestros murieron el día de la toma de Manila el sargento mayor del Regimiento del Rey, dos capitanes, dos oficiales, cincuenta soldados y treinta milicianos. De los voluntarios indios sucumbieron trescientos, ascendiendo á cuatrocientos los heridos.

«Las Corporaciones religiosas de todas las Ordenes, concluye el Sr. Vidal (2), durante el asedio de Manila contribuyeron con sus exhortaciones, con sus bienes y aun con su esfuerzo personal, á la defensa y sostenimiento de la plaza en la medida de sus fuerzas (3).»

«Los frailes y colegiales, añade un manuscrito que tenemos á la vista, tomaron las armas como buenos vasallos, y hacían sus centinelas para que la gente descansase. También entraron en las juntas, y por necesidad acudieron varios á los indios en sus entradas y salidas (4).»

Castro, Solano, Otal, Casañás, Cachit, Mantilla, Barrio, León y Verdugo, 48,777 pesos. Importó el saqueo 418,442 pesos. Al ausente Blanco le embargaron los ingleses 25,000 pesos. Al Marqués de Monte Castro 8,000 pesos. A la Marquesa de Salinas 10,000 pesos. En el secuestro de San Pablo, convento de Padres Agustinos Calzados 60,000 pesos que estaban enterrados, en plata acuñada, y 40,000 en plata labrada. A todas estas partidas se deben juntar 2,000,000 de pesos que se libraron contra la Tesorería de S. M. Católica. Suma todo 3,069,639 pesos.» (*Toma de la plaza de Manila por los ingleses en 5 de Octubre de este año de 1762*. Ocho hojas en folio, insertas en un libro también manuscrito intitulado: *Breve noticia de los Religiosos Agustinos Calzados de esta provincia de Filipinas que plantaron el Cristianismo en esta parte del Asia, que gobernaron sus iglesias, las ilustraron con sus escritos, y fundaron los principales conventos y ministerios extendiendo la fe hasta la China y el Japón, y fallecieron llenos de virtudes y méritos*. Posee este libro el P. Bernardino Hernando, lector en este nuestro colegio de Valladolid).

(1) Montero y Vidal. *Historia general de Filipinas*. Tomo II. Madrid, 1894, págs. 34-35.

(2) Obra citada, pág. 36.

(3) Dice el Sr. Vidal que una excepción lamentable del patriótico proceder de las demás Ordenes, fué la que ofrecieron los Padres Jesuitas, enarbolando en su convento la bandera inglesa luego que fué tomada la ciudad, y manteniendo con los vencedores amistosas relaciones y tratos ilícitos. Aunque dicho historiador cita en apoyo de su aserción un documento publicado por Lafuente en su *Historia de España*, tomo III, y un manuscrito existente en el Archivo de Simancas (que no hemos podido ver), juzgamos prudente acoger con reserva la grave acusación lanzada por el Sr. Vidal contra los beneméritos Padres de la Compañía: 1.º Por no haber visto que se haga mención de semejante hecho en las demás obras que acerca de este punto hemos leído. 2.º Por haber observado en la obra del Sr. Vidal una enemiga constante contra los Jesuitas, como se ve patente en el capítulo referente á la expulsión de los mismos, decretada por Carlos III. 3.º Por constarnos que algunos por lo menos de dichos Religiosos defendieron con arte y energía la causa de España. Véase el P. Martínez de Zúñiga. Obra citada, pág. 629.

(4) *Toma de la ciudad de Manila*, etc. Manuscrito citado anteriormente.

III

Tomada la ciudad de Manila, quisieron los ingleses continuar la conquista de todo el Archipiélago Filipino, y el Sr. Rojo firmó en efecto un documento en el que hacía cesión de las islas, y declaraba por dueño y señor de las mismas al Rey de Inglaterra. Pero de nada les sirvieron á los hijos de la nebulosa Albión sus pretensiones ni la debilidad del Arzobispo, porque se encontraron con la energía indomable y el patriotismo sin límites del insigne D. Simón de Anda y Salazar, de quien ya hemos hablado, el cual habiendo logrado escaparse de Manila la víspera de la entrega por la noche, embarcándose en una pequeña *bangca*, y guiado únicamente «por su generoso ardimiento, por su amor al sagrado cumplimiento de su deber, logró sacar incólume el honor de España, reparando con su heroicidad la mengua que sobre su bandera resultaba, no de una derrota militar, que éstas en los azares de la guerra nada significan, sino de la cobarde entrega de las islas, realizada por el temor problemático de perder la vida, que tan glorioso es sacrificar en aras de la patria, como lo entendieron en Numancia, en Sagunto, en Gerona, en Zaragoza, en Madrid y en tantos otros lugares, y tan crecido número de héroes como esmaltan las páginas de la Historia de España.»

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

HAKODATÉ

III

25 Mayo

ENCANTADORA es la situación de Hakodaté. Imagínate, lector amigo, un islote montañoso que nace del seno azul de la mar. La vertiente Norte, abrupta en la mitad superior, disminuye en la inferior su pendiente, más suave cuanto más próxima al mar, donde muere insensiblemente: un istmo llano y estrecho continúa hasta unirla con el continente del Yeso, formando á derecha é izquierda una doble bahía de hermosas y regulares costas.

Reclinada dulcemente sobre los flancos de suave declive, al Noroeste de la montaña, al largo de las dos bahías y sobre el istmo, está la populosa ciudad (70,000 habitantes) de Hakodaté.

Tras corto paseo al azar y al medio día á través de los encantadores bosquecillos que dominan la ciudad, de súbito nos hallamos á la puerta del jardín público, muy frecuentado en esta estación, en que todo el mundo



AL PIE DE LA CRUZ

se echa á la calle buscando un soplo de aire fresco. Entramos en él, y siguiendo un hermoso sendero sombreado por copudos pinos, manzanos y floridos ciruelos, llegamos á una colina artificial de forma cónica, coronada por pequeña llanura rodeada de balustros, especie de observatorio á disposición del curioso transeúnte. Subimos el camino en zig zag que conduce á la cima, y desde ella descubrimos un panorama encantador.

Después de gozar breves momentos del sublime conjunto de la naturaleza, dormida al influjo de los ardientes rayos del sol estival, descendimos y continuamos el paseo por los caprichosos senderos del parque.

Al breve rato llegamos á una ancha plaza, al centro de la cual elevase una fontana de bronce rodeada de lindo parterre cubierto de mullido césped. Allí acuden los paseantes á gozar de fresca sombra.

A cada ángulo vense pequeños kioscos, guardados

recreo cementerio que nos recuerda la vía Apia con sus suntuosos palacios y sus fúnebres sepulcros.

Habíamos llegado á la vertiente Este de la isla: descendimos por rápido camino escuchando la salvaje sinfonía que bajo nuestras plantas preludiaban las olas del mar.

Al terminar la pendiente admirados contemplamos un cuadro de encantadora belleza. Erguíanse sobre nuestras cabezas rocas enormes separadas por insondables barrancos. Casi á nuestro lado abrían sus fauces enormes grutas artísticamente trabajadas por la secular labor de las pacientes filtraciones pluviales. Más lejos parecían ver puertas ó ventanales de gótica arquitectura adornados de ricos bajo relieves. Y más lejos aún extiéndese al pie de los insondables barrancos, un grande y macizo arco que las aguas del mar en su eterno vaivén labraron con tal perfección y simetría, que el espectador cree descubrir la mano del hombre en aquel paciente trabajo. El incesante romper de las olas con-



LA ÚLTIMA ESCENA DEL CALVARIO

del sol por los copudos árboles y adornados con blancas colgaduras. Estos delicados edificios son casas de tomar té, muy frecuentadas en la actual estación.

Después de pasar muchos puentes de madera cimbreada, suspendidos sobre plácido arroyuelo al que ombrean ciruelos en flor y añosos pinos, salimos frente algunos elegantes edificios de estilo occidental. Son museos y hoteles. Algo más lejos, al pie de la montaña, vense numerosas quintas de recreo, rodeadas de floridos jardines, cuyos *lucus* esconden diminutas pagodas, estatuas budhistas y los misteriosos *torii*, que en el Japón presiden todos los caminos sagrados.

El que seguimos empieza á subir, hasta llegar á la cumbre de la pequeña costa, donde preséntase ante nosotros la bahía del Oeste, inmensa sábana azul que vibra lanzando luminosos destellos al quebrarse sobre ella los rayos del sol. Sorprendiéonos la vista de un largo pedazo de tierra cubierto de blancas piedras: eran lápidas sepulcrales. Nos hallábamos delante de un cementerio, situado á corta distancia de las quintas de

tra los arrecifes y rocas de la costa aumentan la imponente grandeza de este espectáculo sublime. (*Véanse los grabados de las págs. 57 y 68*).

Al regresar por la costa hallamos crecido número de miserables chozas, vivienda de pobres pescadores. Algunas mujeres corren por la playa buscando algas.

IV

La experiencia demuestra que para el mayor desarrollo de una colonia y para lograr aumente su prosperidad material, menester es que el Gobierno no la someta á estrecha tutela y vasallaje, pues con frecuencia esa sujeción ha sido causa de éxitos desfavorables y de ruina. Los que deseando probar fortuna emigran á lejanas tierras, necesitan desarrollar toda su iniciativa para que el buen éxito corone sus esfuerzos. Si en la colonia encuéntranse cohibidos por contribuciones y gravámenes tan numerosos como en la madre patria, hállese atados de brazos, vegetan algún tiempo y aca-

ban dejándose vencer por el desaliento, y si antes de partir conocen la suerte que lejos de su casa les espera, prefieren quedarse en el país natal.

Esto mismo ha sucedido en la ciudad de Hakodaté: durante todo el tiempo que vivió sujeta á la inmediata dirección de los agentes coloniales del Gobierno, nulo ó casi nulo fué su progreso. Pero cuando, hace unos quince años, el Gobierno debiendo atender á sus urgentes necesidades, retiró á sus agentes y los socorros concedidos á los colonos, dejándoles ancho campo para desarrollar sus personales iniciativas, Hakodaté vió aumentarse su población con vertiginosa rapidez. En pocos años alcanzó la respetable cifra de 70,000 habitantes, y actualmente trátase de trazar los límites de una gran ciudad capaz de albergar 300,000.

Cierto es que tan rápido desarrollo no puede atribuirse á esta sola causa. La situación de la ciudad, muy favorable á la navegación y al comercio, ha sido uno de los factores principales de su rápido progreso.

Hakodaté, cuyo puerto natural, grande y profundo, puede albergar los buques de mayor tonelaje, es por su posición geográfica la puerta de Yeso. Poco tardará, pues, en ser centro obligado de todas las relaciones entre el Yeso y el Nippón.

En breve tiempo se han establecido dos servicios regulares de vapores entre Hakodaté, Yokohama y Aomori, en las costas del Nambú, en las de Echugo con Nügata. De su puerto salen también cuantas naves recorren las costas del Yeso y llegan hasta Otara en la costa occidental, y Otsu Kushiro en la oriental, y hasta Nemuro en la extrema punta Oeste, frente á frente de la primera isla del archipiélago de los Kuriles. Siendo Hakodaté centro de las comunicaciones, forzoso es sea también mercado de todos los productos del Yeso y los Kuriles. La pesca, tan abundante y sabrosa en estos mares, pasa por Hakodaté antes de ser expedida al extranjero ó al interior del Japón. Sardina, arenque, sepia, marsopla, nutria, salmón y muy especialmente el *kombu*, esta alga, conocida en Europa con el nombre de *col de mar*, llenan los tinglados que rodean el puerto. Y llenan sus docks el carbón que producen las ricas minas del Yeso, lo propio que el azufre, antes de ser expedidos á la China y á América.

Al enumerar las múltiples ventajas que le proporciona su situación geográfica, fácil es comprender la prosperidad de que goza.

Su floreciente comercio es causa de que el número de pobres sea mucho menor que en otras populosas ciudades del Nippón. Ello nos explica también el próspero aspecto de esta ciudad.

Al recorrer su puerto y contemplar asombrado el movimiento y vida de sus inmensos almacenes, créese el viajero trasladado á uno de los mejores que enriquecen las costas europeas. Al internarse en la población y seguir sus anchas y bien empedradas calles, adornadas de ricos y provistos almacenes, de grandes hoteles, de elegantes casas, imposible le es al viajero sustraerse á un sentimiento de admiración, por juzgarla casi superior á la patria que dejó.

La prosperidad material de Hakodaté aumenta cada

día, y la realización de los proyectos de engrandecimiento anunciado por sus habitantes convertiránla á no tardar en ciudad populosa y poblada por más de trescientos mil habitantes.

V

Encantadores son los alrededores de la ciudad de Hakodaté, y para todo buen japonés son las excursiones por ellos una de sus más hermosas diversiones: diversión de la que gustan también los viajeros de toda nacionalidad.

Exceptuando los numerosos senderos que cruzan por todas direcciones, las inmensas rocas que adornan las costas de esta ciudad, admiróme no poco la estación termal de Yunogaw, pequeño villorrio situado á una legua del puerto sobre la orilla oriental, en ameno valle donde la temperatura parece ser más fresca y más puro el aire que juguetea entre las ramas de sus copudos árboles: bellos sobre toda ponderación parecieronme también los lagos que adornan las montañas del Norte, á ocho leguas de la ciudad, y al fondo de cuyas puras aguas contéplase tan vanidoso cuanto grande el sublime volcán, coronado siempre con alto penacho de ceniciento humo: lagos de no soñada belleza sembrados de verdes islotes, cuyas floridas orillas muestran orgullosas rico tocado de olorosas flores, que cogen los viajeros como grato recuerdo de la excursión. Fácil es desde los lagos emprender la subida al volcán. Dos leguas de fatigosa subida bastan para llegar á la cumbre, y grandiosos y variados son los paisajes que en día claro disfruta el excursionista al hacer la ascensión.

La falta de tiempo impidiéndonos emprender ninguna de las hermosas excursiones que realizan los viajeros, pues al colorear el sol con sus rayos al despuntar del siguiente día las nubecillas que adornan el horizonte, debemos embarcarnos en el *Mororan* para proseguir nuestro viaje.

Recuerdos del Catolicismo

en el Tonkin

VIII

Ilmo. Néez.—Sus cartas á los Reyes de Francia.—Tentativa de evangelización del Laos

EL Ilmo. Hilario de Jenos, vicario apostólico del Tonkín Oriental pertenecía á la Orden Agustiniense. En circunstancias sumamente difíciles desplegó gran prudencia y habilidad, valor y virtud.

Era vicario apostólico del Tonkín Occidental el ilustrísimo Néez, nacido en 1680 en Verneuil (Francia), de una familia acomodada. Su padre, miembro del Ayuntamiento, dió en el desempeño de su cargo repetidas muestras de su enérgico y recto criterio; su madre comulgaba cada ocho días, lo cual en aquellos tiempos de rigorismo indica gran piedad; dos hermanos suyos abrazaron el estado eclesiástico. Su hablar reposado, su grave actitud y su metódico estudio llamaron justamente la atención de sus compañeros, los cuales con

burlona sonrisa caracterizaban con las siguientes palabras sus cualidades propias de más avanzada edad: «Mirad, exclamaban al verlo por las calles de Verneuil, el *hombre* Néez pasa.»

Jamás perdió Néez las cualidades características de su infancia y de su juventud; antes bien las desarrolló y perfeccionó, dotándolas de mayor consistencia y fuerza; el *hombre* Néez llegó á ser un verdadero hombre, venciendo á sí mismo, y juntando la moderación á la energía, el trato franco y amable á una gran habilidad práctica.

Por espacio de seis años desempeñó el cargo de superior de la Misión, siendo nombrado obispo de Ceomanie y vicario apostólico del Tonkín Occidental el año 1739.

Cuando los Padres dominicos Gil de Fédérich y Mateo Leziniana fueron hechos prisioneros, sufrió grave inquietud por la suerte que á los mismos podía caber: tranquilizóle una carta de un hermano del rey. Escrita en forma muy vaga, al igual que muchos de los escritos anamitas, podía en determinadas circunstancias servir de talismán contra las maquinaciones de los mandarines. Traducida literalmente dice así:

«Mi mano y mi pluma envían el saludo más respetuoso y humilde al señor Padre. Me consta que el señor Padre, compadecido de su hijito, ruega sin cesar á Dios por mí; le estoy muy obligado. Ruego al señor Padre continúe siempre acordándose de mí, para que pueda recibir la limosna de la virtud del señor Padre. Humilísimamente le saludo.»

Al siguiente año el sexto hermano del rey mandó llamar á un sacerdote para que administrara los últimos Sacramentos á su moribunda esposa, cristiana hacía largo tiempo: el sacerdote, autorizado convenientemente, regularizó la situación de aquella desgraciada, que por falta de valor continuaba viviendo paganamente con su pagano esposo. En esta ocasión dicho hermano del rey conoció al Vicario apostólico. Un día marchando entre los miembros del Consejo Real pasaron á corta distancia de la residencia del Obispo, y separándose sin ser notado fué á saludar al Ilmo. Néez: cuatro veces dobló ante él las rodillas, inclinando hasta el suelo su frente con gran admiración de todos los presentes. Hecho esto examinó cuidadosamente el estado del Obispo, atacado de parálisis hacía breve tiempo, y prometió enviarle medicamentos y mandar construir un colegio. Faltóle tiempo para realizar sus caritativos propósitos. De regreso á su casa sintióse atacado de grave enfermedad. Pidió se le bautizara, recibiendo este Sacramento con sentimiento de viva fe.

Otro hermano del rey, cuyos hijos estaban todos bautizados, manifestó vivos deseos de ver al Ilmo. Néez. Llegando á sus oídos la noticia de que pronto pasaría por un poblado cercano á Ha-noi, corrió á su encuentro, permaneciendo tres horas en su compañía: al regresar de esta entrevista envióle varios regalos. Un tío de Chua, bautizado en su juventud y olvidado hacía muchos años del cumplimiento de sus deberes, volvió exhortado por el Ilmo. Néez á la práctica de la Religión.

Es fácil comprender que las múltiples relaciones del Vicario apostólico con miembros de la real familia les permitieran disfrutar de relativa paz. Ciertamente que los

principes anamitas, privados de toda participación en el gobierno y de desempeñar cargos públicos, no pueden arrancar un edicto de persecución, ni impedir una ejecución capital cuando la sentencia está dictada; sin embargo, ejercen sobre mandarines, prefectos y sub-prefectos cierta influencia debida á su fortuna y representación social, y fácilmente consiguen moderar sus pesquisas, variar los informes que dirigen á sus superiores, y tratar á los cristianos benévolamente. El favor é influencia de estos príncipes no son comparables al apoyo que prestan la influencia y favor de los príncipes europeos: esta es la justa reflexión que hace el Obispo:

«Al leer los europeos que un sobrino del rey ha sido bautizado, que su padre, ó sea el hermano del rey, aprecia la Religión y ama los misioneros, que el tío materno del Chua del Tonkín manda buscar un sacerdote para que le administre los Santos Sacramentos, creará que sin duda la Religión cuenta en la actualidad con el apoyo de las grandes personalidades del reino, y su creencia será errónea. Los precitados son, en verdad, amigos de la Religión, son una especie de discípulos de Jesús, pero que permanecen aún escondidos, *propter metum Judæorum*. Dedúcese, pues, de lo dicho, que nuestro único apoyo es Dios, que nunca abandona al que espera en su misericordia.»

Desde la pobre choza en que habitaba, escribía el Ilmo. Néez al rey de Francia Luis XV, con esta especie de culto que nuestros antepasados profesaban á la monarquía y á su representante, y que nosotros, hombres de otra generación, ni conocemos ni casi acertamos á comprender. Manifestaba sus temores al saber la grave enfermedad que en el palacio de Metz afligió al Príncipe el año 1745, la alegría que sintió al saber su feliz curación, y felicitaba al Rey por el título de Muy amado, con que le saludaba toda la Francia. Dirigiéndose á la reina, la piadosa María Leczinska, era el Obispo más explícito; le hablaba cual á una fervorosa cristiana, como á la reina de una nación fiel y verdadero soldado de Cristo, y trazaba con cierta confianza el cuadro de la Misión. Para dar á conocer el estado del vicariato del Tonkín Occidental á mediados del siglo XVIII, continuamos la copia de esta carta, que lo expresa con toda fidelidad.

«Señora:

«El olor que las virtudes de Vuestra Majestad Cristianísima exhalan, llegó hasta esas apartadas regiones, y la bondad con que siempre distinguisteis la obra de las Misiones Extranjeras danme ánimo para implorar vuestra real protección para este reducido rebaño que la Providencia divina entregó á mi cuidado. Abrigo la confianza de que no lo juzgaréis indigno de vuestros favores cuando habréis leído el compendiado relato que atrévome á presentaros.»

«El vicariato occidental del Tonkín, que abraza la mitad del reino, desde su principio hasta la actualidad ha sido gobernado sin interrupción por cuatro Vicarios apostólicos franceses del Seminario de Misiones Extranjeras. Mis tres predecesores tuvieron la incomparable dicha de arrastrar las cadenas por confesar su fe. El Señor, hasta el presente, no me ha juzgado digno de esta felicidad.

«Habiendo la Santa Sede recomendado muy eficaz-

mente á nuestros vicarios apostólicos que pusieran sus más diligentes cuidados en la formación del clero indígena, creyeron éstos que nada mejor y más provechoso podían hacer que emplear todas sus fuerzas y trabajos en la realización de tal empresa. El Señor misericordioso bendijo su empresa, y lograron reunir sesenta y seis sacerdotes hijos del Tonkin, de los cuales muchos valerosos confesaron la fe ante los infieles tribunales, y dos fueron condenados á terminar su vida en las prisiones de la ciudad imperial donde murieron en olor de santidad.»



Rdo. P. ANTONIO ROGER

MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN

El R. P. Antonio Roger, cuya muerte anunciaron los *Annales de Notre-Dame du Sacré-Cœur* del pasado Octubre, nació en Fortón, parroquia de la diócesis de Blois, el 3 de Mayo de 1830, siendo uno de los tres únicos supervivientes de la numerosa prole con que Dios bendijo una familia de patriarcales costumbres. Sus padres enseñaronle con el ejemplo el fiel cumplimiento de las obligaciones religiosas, y Dios premió sus virtudes otorgándole larga vida y santa muerte. Tenía el padre noventa años y la madre más de ochenta cuando, con pocos meses de distancia, emigraron á un mundo mejor.

Todos los que conocían la robusta naturaleza del P. Roger juzgaron siempre que al igual que sus ancianos padres viviría hasta muy avanzada edad. Sin embargo, si es verdad que no llegó á ancianidad tan respetable, cierto es también que su vida presentase adornada por crecido número de santas obras.

Ordenado sacerdote el 4 de Marzo de 1855, siguiendo la costumbre de la diócesis fué primero vicario, luego párroco de pequeño poblado que extiende sus blancas casas por los alrededores de Vendome; al breve tiempo fué trasladado á la importante parroquia de Lignières-sur-Loir, la cual por espacio de 25 años fué testigo de su ardiente celo.

Halló en ella gérmenes de virtudes que con singular acierto supo desarrollar. Muchos eran los católicos que acercábanse á la Sagrada Mesa, no ya en tiempo pascual, sino también en los días de gran solemnidad: con viva alegría vió acrecentarse el número de estos fieles cristianos. Instituida la adoración perpetua al Santísimo Sacramento, procuró sacar de ella todo el resultado posible, y para lograrlo mandaba buscar algún cofrade sacerdote que á la par que les edificase con su ejemplar conducta les diera algunos días de santos Ejercicios, logrando con estas piadosas prácticas abundantes frutos de virtud y santidad.

Lignières, al igual que muchas otras parroquias del campo, contaba sólo con un maestro y una escuela mixta; el celoso párroco comprendió la urgente necesidad de un instituto religioso para la educación de las niñas y cuidado de los pobres enfermos. Ayudado en esta empresa por los ricos propietarios de la comarca, logró reunir recursos apenas suficientes para cubrir los gastos de una fundación; él mismo debía encargarse de ultimar la cláusula referente á la cantidad que debía fijarse para que las Religiosas pudieran atender á sus necesidades, cantidad insuficiente y mal asegurada. No titubeó en aceptar este encargo, y la fundación del religioso Instituto fué una hermosa realidad con singular contento de todos los feligreses.

Alegrábase con santa alegría el corazón del párroco, y albergaba las más risueñas esperanzas sobre el porvenir religioso de

su querida parroquia, cuando la guerra franco-alemana de 1870-1871 vino á desvanecerlas.

Sabido es que tras los sangrientos desastres sufridos por la Francia sus victoriosos enemigos llegaron hasta el centro de esta nación. Las desgraciadas provincias del centro fueron invadidas y devastadas. La parroquia de Lignières, que se levanta en el camino seguido por los alemanes al perseguir al ejército francés del Oeste, fué ocupada militarmente durante dos semanas. Difícil es imaginar cuánto sufrieron sus habitantes durante estos días. Cuantos pudieron huir huyeron, pero el digno pastor no abandonó á sus ovejas. Arrojado de la parroquia refugióse donde le fué posible, y continuó prodigando á los enfermos los consuelos de su sagrado ministerio y sacrificándose en grado verdaderamente heroico para librar en cuanto estaba de su parte á todos sus feligreses de injustas persecuciones. Un soldado francés, que hacía breve tiempo había dejado de formar parte de un regimiento, cometió la grave imprudencia de vestirse con un traje de cuartel. Bastó este hecho para que le condenaran á muerte por franco-tirador. Llegó la noticia á oídos del párroco, y acto seguido visita las Autoridades alemanas, afirma ante ellas la inocencia de su feligrés, y en alta voz sostiene que si matan á aquel hombre inocente cometerán un crimen, un homicidio. Y tanto dijo y tan bien que obtuvo la libertad del condenado, pero con la condición de quedar él detenido, y con la amenaza de sufrir una muerte inmediata si se llegaba á descubrir la culpabilidad del indultado. El P. Roger complacía en repetir este hecho ú otros semejantes, y los relataba con entusiasmo tal y respiraban sus palabras tanta fe y patriotismo, que conmovía á cuantos le escuchábamos.

Retiráronse los enemigos y el párroco pudo otra vez posesionarse de su parroquia y administrarla compartiendo sus trabajos con la educación de un sobrino suyo que andando el tiempo llegó á ser distinguido profesor del gran Seminario de Blois y honrado con la muceta de canónigo. Otro sobrino suyo de precoz talento, al parecer de brillante porvenir y por el cual hizo también no pocos sacrificios, no tuvo vocación sacerdotal.

El espíritu del pueblo sufrió triste mudanza: los acontecimientos sometiéronlo á durísimas pruebas: en vez de hacerle volver á Dios pidiendo misericordia, endurecieron su corazón, que soberbio clamó contra la Providencia divina. El párroco de Lignières echó de menos en la parroquia la docilidad y la fe de anteriores tiempos. El número de los que practicaban la Religión disminuía; visiblemente. Con vivas ansias esperaba tiempos mejores, pero pasaban veloces los años, y el mal realizaba siempre nuevos progresos. Ante ellos resuelve alejar de sí la responsabilidad del cargo parroquial que cual pesada carga agobiaba su cuerpo. Pide ser admitido entre los Misioneros del Sagrado Corazón, y en 1883 entró en el noviciado, trasladado desde la expulsión á Tilbourg (Holanda). Cincuenta y tres años iba á cumplir el nuevo postulante, y en esta edad algo avanzada las pruebas del noviciado son mucho más penosas, pero él las sobrellevó con valor, y poco después mereció ser elegido vicario de Saint-Cyr en Issoudun, de donde al breve tiempo fué trasladado á España para dirigir personalmente la *Pequeña Obra*. Desempeñó ambos cargos con apostólico celo. Llamado por sus superiores, salió de nuestra patria el año 1871 y fué nombrado superior interino de la casa de Tilbourg, y últimamente destinado á la casa de París, donde ejerció su santo ministerio durante muchos años, viendo premiado con opimos frutos su santo celo. El mes de Septiembre del año 1897 regresó á la Casa-matriz de Issoudun. Su salud hallábase algo quebrantada, pero todos esperábamos que el reposo y aire puro contribuirían á restablecerla. En efecto, parecía recobrar el perdido vigor, y aceptó gustoso los sermones de una Misión al fin de la última Cuaresma, y terminados aquéllos dió varios ejercicios preparatorios para la primera Comunión. Al principiar el mes de Junio reemplazó por espacio de seis semanas á uno de sus hermanos que debió ir á pasar algún tiempo en Aix-les-Bains. A fines de Agosto quejóse de fuertes dolores, y el 26 del mismo mes sobrevino la muerte del R. P. Pedro Perriot, la cual causóle impresión profundísima. Sus dolencias impidieronle acompañar dicho Padre á la última morada. *Siéntome herido de muerte*, decía después de celebrar penosamente el santo Sacrificio. Los

dolores que le atormentaban concentráronse en la cabeza, y tanta era la fuerza del mal, que le hacía perder su constante presencia de ánimo: el martes y miércoles el médico afirmaba que el estado del paciente carecía de gravedad; pero el jueves, primero de Septiembre, declaró haberse desarrollado una fiebre meligna de las más graves. El enfermo empezó á delirar. Los cuidados que le prodigaron fueron ineficaces para detener los constantes progresos del mal: se le administraron los Santos Sacramentos, el Viático primero y dos días después la Extremaunción. La víspera del día de su muerte llegó su querido sobrino, y en el pálido rostro del enfermo reflejóse la alegría que sintió al estrecharlo entre sus brazos. Los padecimientos, más fuertes cada vez, arrancábanle gemidos de dolor, pero un Crucifijo colocado á los pies del lecho exhortábale á sufrir con paciencia. Besaba con singular pie-



Filipinas.—Con fecha 30 Diciembre nos escribe un sacerdote misionero: «Los Religiosos son tratados con saña y crueldad inconcebibles; se les ha despojado de cuanto tenían; insultados



LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

dad la imagen de Jesús crucificado y la de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y sus labios rezaban sin cesar. Cuando no deliraba repetía con fervor actos de conformidad con la voluntad divina.

Llegó la hermosa fiesta de la Natividad de la Virgen, aniversario de la Coronación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Crecido concurso de fieles llenó la iglesia. El estado del enfermo era gravísimo: sin embargo, reconoció á algunos sacerdotes y otras personas que lo visitaron. Al caer la tarde, cuando en el templo se celebraba la procesión del Santísimo Sacramento, agravóse más y más su estado, empezando la agonía. Rezóse por postrera vez la recomendación del alma, y á las cinco y media empezó á respirar con dificultad cada vez mayor, hasta que por último espiró en brazos de su querido sobrino, quien cerró los ojos después de besar su frente inanimada.

Para sus amigos fué esta muerte irreparable pérdida y vivo dolor entre las alegrías de la fiesta que dicho día celebra la Iglesia: para él fué dicha singular comparecer ante la presencia de Dios bajo los auspicios de la Reina del cielo, de tan poderosa Intercesora. ¡Qué día tan hermoso para arrancar de los labios de Dios una sentencia de misericordia! Si el nacimiento de la Virgen fué para el mundo motivo de inenarrable gozo, bien podemos creer que el aniversario de fiesta tan gloriosa habrá sido para nuestro querido difunto motivo de felicidad eterna.

con las más viles palabras, completaron sus *hazañas* apaleándoles de una manera feroz, abofeteándoles y atormentándoles de mil distintas maneras. A uno, respetable anciano, mandáronle apoyara en el suelo sus manos y sus rodillas, ensilláronle y luego empezaron á subirle muchos encima, hasta que el pobre, víctima del salvajismo tagalo, empezó á arrojar sangre por la boca: á otro, también de avanzada edad, obligáronle á tragar gran cantidad de agua y vinagre, y luego tumbándole de espaldas en el suelo, poníanle una tabla sobre el vientre, encima la cual subían hasta lograr arrojara el Padre cuánto poco antes había bebido: otros, atado de pies ó manos, fueron colgados en alto sufriendo largos tormentos ó inacabables burlas: un Padre que intentó fugarse de la cárcel paseáronle desnudo por el pueblo, metiéndole luego en el cepo, donde lo tuvieron encerrado uno ó dos meses: otro fué sacado desnudo en el balcón de un tribunal, y ante compacta multitud mandáronle predicase al pueblo que la Misa y otras verdades de nuestra Religión sacrosanta eran falsas: al Padre secretario del señor Obispo de Vigán, diéronle de culatazos con tan bárbara furia, que el venerable señor Obispo que lo presenciaba, temiendo lo matasen, púsose de rodillas rogándoles no lo mataran, ó si no querían apiadarse del cuerpo permitieran, al menos, preparar su alma con los últimos Sacramentos.

«Escasa y mala era la comida: un poco de arroz, y para acompañarlo, un poco de dulce: escasean también el agua...»

VARIEDADES

VASAVADATTA (*Tradición india*)

SOBRE la onda pura del Ganges se mece la simbólica flor del loto, cuyo delicado y misterioso broche se abre, exhalando su delicioso perfume, al dulce y templado beso del pálido rayo de la luna: el sol, recostado en un lecho de púrpura y de oro, como un radjá en su alfombra de colores, lanza á la tierra, desde el horizonte, sus últimos rayos, entre los que voltean inquietos los insectos brillantes, como un torbellino de piedras preciosas: entre las brumas del lejano horizonte se lanzan al vacío los aéreos picos de la gigante cordillera del Himalaya, que detienen á las nubes en su vuelo, y sobre las llanuras que se extienden á sus piés flotan perpetuamente nubes de ópalo, que derraman sobre las flores un rocío de perlas.

De las montañas se despeñan las sábanas de plata de los torrentes, que refrenan su ímpetu al llegar á la llanura, deslizándose luego sus aguas silenciosamente entre las guijas y las flores; las lianas se tienden entre los gigantescos árboles de las selvas como flotantes pabellones de verdura; las palmeras se balancean gallarda y blandamente sobre el fondo luminoso y azul del cielo, brillando á los rayos del sol poniente como lujosos abanicos de esmeraldas, y las brisas de la tarde, cargadas de aromas y suspiros, juegan con los cálices de las flores, que se abren á sus besos, y humedecen sus alas impalpables en las linfas del sagrado río, cuyas leves ondas producen, al agitarse entre los altos juncos de la ribera, un ruido manso y melancólico, semejante al arrullo de una tórtola.

La azulada niebla del crepúsculo comienza á tender sus alas diáfanas sobre los valles, robando el color y las formas á los objetos, mientras la luna se levanta entre ligeras nubes más allá de los montes á cuyos piés corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata, y á los confusos rumores de la ciudad de Benarés, que allá á lo lejos se dilatan y desvenecen, temblando en el espacio, se unen los melancólicos suspiros de las auras perezosas de la tarde, que gimen entre los tulipanes y las magnolias, y las arpadas y suaves notas de los pájaros que despiden al día con un dulcísimo y triste adiós.

Todo es luz, suspiros, armonías y perfumes en tan hermosa tarde; mas ¿qué importa todo ello á la gentil Vasavadattá, la beldad de las trenzas de ébano y cintura esbelta como los juncos de los lagos, la virgen á quien los poetas de Benarés comparan á las perlas de Ormuz, á las violetas de Osira y á la primera sonrisa de Bermach que lució sobre el mundo? ¿Qué le importa todo ello, si nada puede devolver la alegría á su alma solitaria y triste?

En balde el humo azul de los pebeteros embalsama la opulenta cámara de su soberbio palacio, cuyos cimientos besan y arrullan con un ruido monótono y eterno las ondas del Ganges; en balde las más hermosas y renombradas *nautchnies* (bailarinas), que su padre, el poderoso Chandragupta, hace venir de la ciudad, ejecutan á cada instante ante ella, cubiertas de estofas riquísimas, de gasas delicadas y encajes bordados de

pedrería, el clásico *nautch*, la danza predilecta del indio de alta clase y de pura raza; en balde sus esclavos la refieren, al son de la cítara y de los címbalos, para alegrar su espíritu, el maravilloso descendimiento de Ganga y la edificante historia de Ajamil, el asesino que salvó á Visnú, mientras perfuman sus trenzas con la esencia del jazmín sagrado, y ciñen á su frente la diadema centellante de rubíes, esmeraldas y zafiros: indiferente á todo, reclinada perezosamente sobre lujosos almohadones de seda que abrillantan las perlas y el oro, sigue con mirada distraída el vagoroso vuelo de las palomas y los papagayos de espléndido plumaje, que van á posarse sobre los conos, cúpulas y minaretes de las pagodas, mezquitas y palacios de extraña arquitectura que se alzan á las orillas del Ganges y hunden en las aguas sus vastas escalinatas, los célebres *ghats* por donde descenden los brahmanes para hacer sus abluciones en las sagradas linfas.

A su lado, y contemplándola con honda compasión, se halla Vasantasena, su esclava predilecta y única confidente: solo Vasantasena sabe la causa de su pesar; sólo ella sabe que Vasavadattá ama, sin esperanza de ser correspondida, al hermoso extranjero cuya barquilla cruza todas las tardes ante el palacio, dejando en pos de sí una inquieta línea de oro en la superficie del río.

—Hija de mi dueña, murmura la esclava con voz tan suave que parece una caricia, ¿cuándo volverá á brillar tu hermoso rostro, como antes, con el resplandor de una noche serena, y tus ojos, más bellos que los de una *schiva*, con la luz de los diamantes de Golconda?

—¡Nunca, Vasantasena! ¡Desde que vi por vez primera á ese extranjero que vino á Benarés, y á quien en tantas ocasiones te envié inútilmente, mi vida es una noche sin aurora, un llanto sin lágrimas! ¿Por qué no me ama, Vasantasena? ¿No soy yo hermosa?

—Hija de mi dueña, tú eres hermosa como un lirio del Himalaya, como la armonía de una noche de verano, como las visiones de oro de los sueños de un perfecto brahman: no hay otra que te iguale en hermosura.

—¿Y no me he presentado á él muchas tardes en la escalinata de mi palacio, cuando cruzaba en su barquilla, adornada con paramentos y vestidos preciosos, aros y brazaletes de oro y pedrería, y delicadas gasas salpicadas de lunarcillos de plata y de alas de insectos dorados y brillantes? Di, ¿cómo parecía yo entonces?

—Como la aurora cuando brilla en Oriente derramando sobre las flores un rocío de perlas.

—Así lo decían todos, y sin embargo, ¡ay, Vasantasena! sus hermosos ojos no me miraron nunca con amor. ¡Nunca! Su corazón es para mí más duro que las rocas de Cutac. Todos tienen de mí compasión; ¡sólo él no la tiene!

—Olvidale, Vasavadattá.

—¿Olvidarle? ¡Si te pudieras asomar á mi alma verías su dulce imagen temblando siempre en el fondo, como en un lago cristalino! ¡No, no puedo olvidarle! exclamó con vehemencia; y luego, cambiando de tono, prosiguió: Ven, Vasantasena, ven y calma la tempestad de mi corazón, entonando con tus más dulces acentos aquello del poema de Krisna:

“Las verdes yemas del sándalo.”

La esclava canta con voz dulce y melodiosa:

«Las verdes yemas del sándalo tiemblan al extremo de las ramas, como lípidas gotas de ambrosía.

«Oyéndole tocar la flauta, el loto, el jazmín, el pandanas y el champek se han estremecido en su corazón.

«Hanse tornado las flores del color del colirio de antimonio y del rojo de plomo; han tiritado, han tenido miedo las azules y las blancas »

El canto de la esclava expira, desvaneciéndose en una nota prolongada y triste.

Arrullada por aquella dulce melodía, siente Vasavadattâ que se aquieta la tempestad de su alma: su mente no se halla ni en la tierra ni en el cielo; parece que recorre un espacio sin límites, flotando entre las ondas de la luz blanca y suave de la luna, que ya se ha remontado sobre el horizonte y brilla en mitad del cielo: sus ideas vagan confusas, como esas concepciones sin forma ni color que se ciernen en el cerebro del poeta, y sus párpados comienzan á entornarse lentamente.

El sueño tiende en aquel instante las alas de tul, y abandonando la selva, en donde vive en un alcázar de ébano escondido entre la flotante sombra de los álces, llega, precedido del silencio, al lado de Vasavadattâ, vierte sobre sus párpados una gota del licor que contiene su misterioso vaso de ópalo, y los ojos de la belleza se cierran blandamente.

Mientras Vasavadattâ duerme soñando con visiones celestes que cruzan en un océano de luz y de colores entre nubes doradas y ambarinas, los genios del mal y de la destrucción preparan su muerte.

Un ambicioso y pérfido brahman que odiaba en secreto á Vasavadattâ desde que ésta se negó á pertenecer á las bayaderas del templo, como aquél deseaba, acusóla ante su padre, el cruel y fanático Chandragupta, mientras dormía, y sirviéndose al efecto de testigos falsos, de haber maltratado á una vaca. Inmediatamente Vasavadattâ fué sentenciada á muerte.

A la mañana siguiente, los siervos de Chandragupta la condujeron á un bosque sombrío, cerca del Ganges, en donde la abandonaron al pie de un corpulento boabad, después de administrarle un tósigo de esos que producen un sueño precursor del sepulcro y matan insensiblemente. Solo Vasantasena quedó á su lado, para impedir que los cuervos se aproximasen á su cuerpo mientras tuviese vida.

—Hija de mi dueña, exclamó la esclava inclinándose sobre Vasavadattâ, después de haber mirado á lo largo de la interminable llanura que se extendía al pie del bosque, deja que sonría tu corazón y se alegre tu alma. Tu agonía será dulce como el canto suavísimo que entona el bulbul oculto entre las ramas del talipot, y alegre como el primer rayo del sol, porque el extranjero á quien tantas veces me enviaste se dirige hacia aquí.

—Pues sal á recibirle, después de arreglar mis cabellos y cubrir mis pies, y condúcele pronto á mi presencia, que mi alma espera sedienta sus palabras, como los tulipanes agostados por el fuego del día esperan las gotas del rocío de la noche.

Un instante después, el extranjero se halla en la presencia de Vasavadattâ; su rostro es hermoso y dulce, noble y majestuosa su frente, y sus ojos serenos y azules como el cielo, revelan la más tierna y profunda piedad.

—Extranjero, dícele Vasavadattâ en son de tiernísimo reproche, cuando mi cuerpo era dulce y lozano como la flor del loto cuya raíz no ha sido herida debajo del agua, y estaba adornado con paramentos y vestidos preciosos, y tenía cuanto atrae las miradas, fui lo bastante desgraciada para no atraer las tuyas. ¿Por qué vienes hoy aquí á contemplar un cuerpo cuya vista no puede soportarse sin horror, un cuerpo que ya han abandonado el placer, la alegría y la belleza, y sólo inspira espanto?

—No vengo aquí, hermana mía, replica el extranjero con voz dulce y suave, atraído por el amor del placer ni por la hermosura de tu cuerpo, que ya se desmorona, sino para dulcificar tu agonía y acompañarte en tu abandono.

—¡Es verdad! ¡Tú solo has tenido compasión de la pobre Vasavadattâ! ¡Y yo, ¡necia de mí! que juzgué duro tu corazón! Mas ¿no temes que te manche mi presencia? ¿No has oído decir que he cometido un pecado horroroso? ¿Cómo no me desprecias?

—Mi Religión, dulce Vasavadattâ, prohíbe el odio y el desprecio, y me manda amarte como á una hermana; no hay pecado alguno que ella no pueda perdonar: mi Religión, que es la cristiana, la única verdadera, es la Religión del amor y del perdón: si tú quiere sabrazarla antes de morir, irás, después que mueras, á un paraíso verdadero, infinitamente más hermoso que los mentidos paraísos que te ofrece tu falsa religión, y yo daré á tu cuerpo piadosa sepultura.

Entonces el extranjero, con inspirado y persuasivo acento, dijo á Vasavadattâ tales y tan hermosas cosas acerca de la verdadera Religión, que el alma candorosa de la tierna Vasavadattâ, arrobada, enamorada de la hermosura de la Religión cristiana, se abrió á la luz de la verdad, que penetró en ella á torrentes, iluminándola toda.

—¡Ay, extranjero! suspiró dulcemente Vasavadattâ. ¡Bien dices! Sólo esa Religión de que me hablas es divina; ella sola es verdadera. Tu Dios es el único Dios. ¡Extranjero, yo creo en tu Dios, y le amo con toda mi alma! ¡Yo quiero ser cristiana!

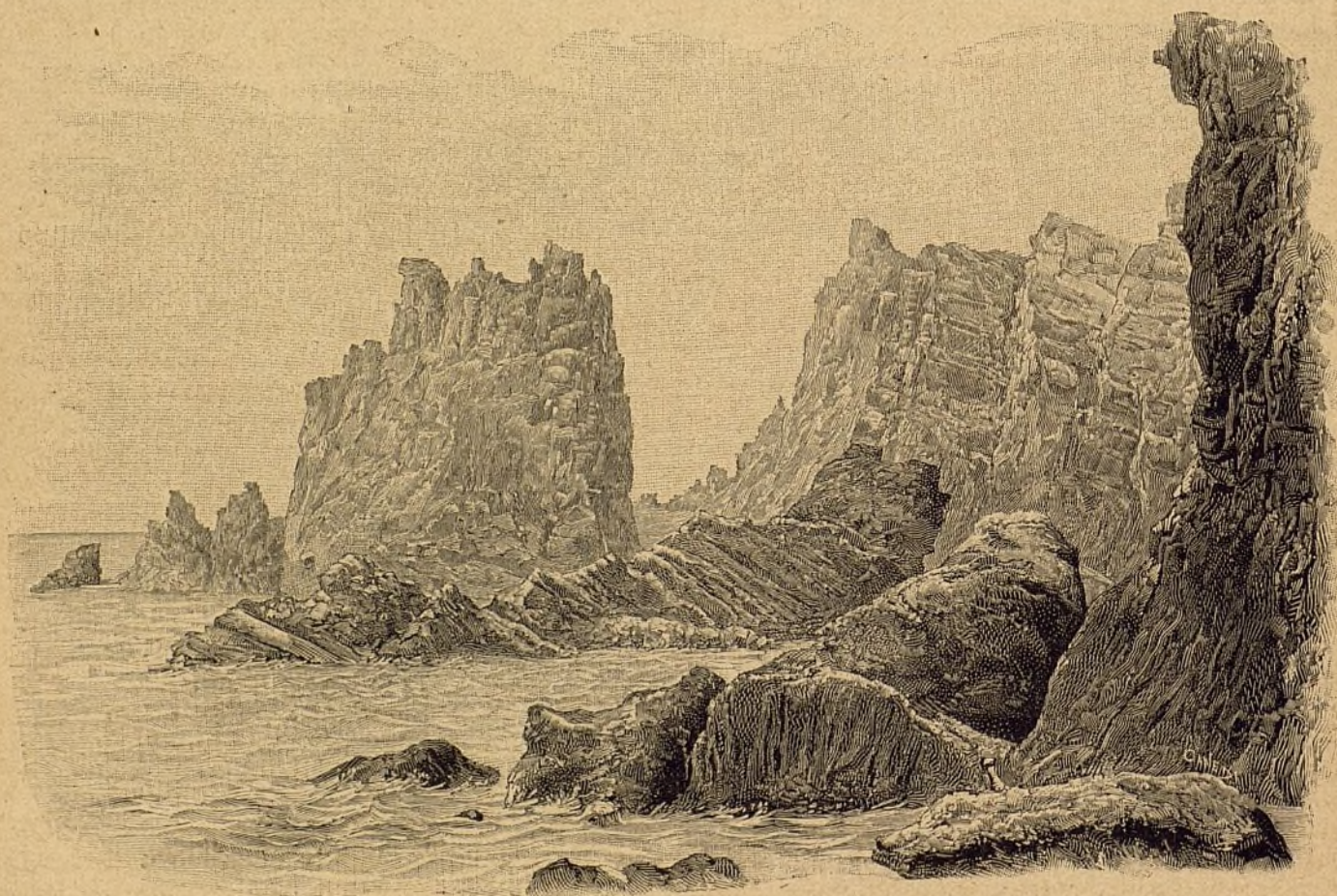
El extranjero mandó entonces á Vasantasena que trajese de una fuente inmediata agua, que derramó sobre la frente de Vasavadattâ, pronunciando á la par solemnemente las palabras sacramentales del Bautismo. El rostro de Vasavadattâ, que ya comenzaba á velar la agonía, resplandeció de pronto como la cumbre que toca el primer rayo del sol, y su hermosa frente apareció rodeada de un nimbo esplendoroso y celestial.

Al par comenzaron á percibirse como unos acordes lejanos y suavísimos, mientras se difundía por el ambiente una fragancia deliciosa; oyóse luego cerca, muy cerca, sobre la frente de Vasavadattâ, un levísimo rumor, semejante á un blando batir de alas invisibles: los ojos de la doncella se cerraron suavemente; una sonrisa celestial iluminó su peregrino semblante, y así quedó sonriendo, sonriendo dulcemente... mientras su alma desplegaba el vuelo y comenza á desvanecerse la fragancia y á debilitarse el blando batir de las alas, hasta que por último dejaron de percibirlo los oídos, y sólo el espíritu siguió percibiéndolo, cada vez más lejos, cada vez más lejos de la tierra...—TEÓFILO NITRAM.



1 Templo budhista.—2 Iglesia rusa.—3 Iglesia católica

JAPÓN.—Aspecto de Hakodaté en día festivo.—Reproducción de fotografía remitida por R. P. Ribaud. (Pág. 61)



JAPÓN.—Rocas y despeñaderos de la costa Este de Hakodaté.—Fotografía remitida por el R. P. Ribaud. (Pág. 61)

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

Inés procuraba ocultar su pena cuando esto le preguntaban, que harto sabía ella que entre las causas del retraso era una la de que no todos los cruzados valían lo que Juan de Beaumont, y perdían el tiempo en disputas y luchas intestinas de que sacaban gran partido los infieles, mas no quería entristecer con noticias semejantes á los sencillos habitantes de la baronía, que en sus piadosos sentimientos no comprendían hubiera en Oriente y bajo la bandera de la cruz, malos cristianos y ambiciosos y mezquinos caballeros.



biciosos y mezquinos caballeros.

Callaba Inés, pero sufría; dolíase de aquel estado que inutilizaba de tal modo los generosos esfuerzos y sacrificios de los señores que, como Beaumont, acudían á la guerra, no por buscar ganancias ó aventuras, sino llevados por nobles sentimientos religiosos y caballerescos; y se dolía tanto más, cuanto que conocía como cristiana que la poca unión y los excesos de los cruzados habrían de atraer algún castigo del cielo. Algo parecido le indicaba Beaumont en su última carta, escrita siete meses antes, y como desde entonces no había vuelto á tener noticia, parecía indudable que el castigo había llegado y que el ejército cristiano había perecido. Por primera vez en los tres años, Inés temblaba y se afligía siempre que algún caminante llamaba á las puertas del castillo, pensando que le traía alguna mala nueva; lloraba cuando se veía á solas, y se despertaba despavorida en medio de la noche, creyendo que la desgracia la llamaba. Sólo sus prácticas piadosas, sólo sus frecuentes oraciones, sólo su cristiana resignación mitigaban su pena, y la daban fuerzas para soportar tan violento estado, para animar y fortalecer á cuantos la rodeaban, que menos fuertes que

ella, necesitaban sus consuelos. Hasta sus mismos hijos la daban, sin querer, diarios motivos de pesar, ora preguntándole con infantil inocencia por su padre, ora anunciándole los preparativos que harían para recibirle cuando volviera, porque á los pobres no les habían enseñado sus criados otra cosa más que á desear la vuelta del Barón.

A Inés se le arrasaban los ojos en lágrimas cuando tales cosas oía; besaba á los niños con inmensa ternura, y les decía: «Dios nos lo traerá pronto; confío en que la Virgen le salvará,» y otras cosas parecidas, después de las cuales se iba á la capilla para desahogar su corazón ante Jesús Sacramentado, y pedirle el triunfo de los cruzados y la vuelta de su marido.

Con frecuencia ofrecíase como víctima expiatoria por los delitos de éstos, y exclamaba: «Señor, castigadme, tomad mi vida; pero salvadlos.»

Acababa de salir de su capilla después de hacer una oración parecida, la tarde del tercer aniversario de la marcha de su esposo, cuando su nodriza, Juana, que toda la vida la servía, se le acercó para decirle que Luis, uno de sus pajes, deseaba hablarla en seguida.

—¿Trae alguna noticia? preguntó la Baronesa.

—No sé, pero viene descompuesto, mudado de color y con el traje manchado.

—¡Ba! alguna nueva diablura de las que acostumbra á hacer; habrá roto alguna cosa y vendrá á pedirme perdón; dile que pase.

Entró tras estas palabras un joven, más bien un niño de diecisiete años, rubio y sonrosado, pero que á pesar de su corta edad, por la viveza de su fisonomía y por la resolución de su mirada demostraba venir de raza de guerreros. Quedóse, al ver á la Baronesa, parado, moviendo entre sus manos la gorra de plumas que traía.

—¿Qué te pasa, Luis? preguntóle Inés bondadosamente al ver la actitud de reo contrito que tomaba el interpelado.

—Vengo, señora, á pedirlos de nuevo permiso para marchar á Tierra Santa á reunirme con el señor. Hace tres años que lo deseo, y por muy joven no me lo habéis querido dar.



—Y en efecto, aún eres muy joven para soportar las fatigas de una guerra tan larga.

—Señora, pues en estos tres años bastante he crecido y bastante me he ejercitado en el manejo de las armas. No hay quien como yo tire el arco, monto á caballo y esgrimo la espada, porque no he hecho otra cosa desde que los demás se fueron á la guerra.

—Ya sé que quieres ser tan buen guerrero como tu padre, el caballero de Armac, pero aunque tienes su brío, aún no tienes fuerzas.

—¡Ay, señora, más me valiera no tenerlas!

—Cómo, ¿pues qué has hecho?

—No pensaba decírselo á la señora, creyendo



que me daría el permiso; pero ya que no me lo da, le contaré todo para que vea no tiene más remedio que otorgármelo y dejarme marchar cuanto antes.

Iba esta mañana por el camino de Reims cuando tropecé con Martín, el escudero del conde de Thiercy. «¿Qué noticias hay de tu amo? me preguntó.—Ninguna, señor Martín, le dije, para cortar la conversación, pues no me gustan las gentes del Conde.—No es fácil que las haya, añadió con picaresca sonrisa, ni que vuelvan á verle.—Pues ¿qué sabéis algo? exclamé.—Vaya si sé, y como al fin lo habréis de saber vosotros, te diré que el ejército de los cruzados sitiado en Antioquía ha perecido.—Eso es mentira, contesté sin poder reprimirme.—¿Sabes, muñeco, replico Martín, retorciéndose el bigote, que eres muy poca cosa para desmentirme?—Lo que sé, le dije encolerizado, es que vos y todas las gentes del Conde que no han ido á la guerra, no hacéis más que dar malas nuevas y burlaros de los que allí están, en vez de ir á socorrerlos.» Aún no había terminado de decir esto, sentí un golpe en mi rostro. No vi más; agarré á Martín, luchamos, cayó debajo, y entonces viendo que no forcejeaba le miré, estaba exámine, echando sangre por la frente. Soltéle aprisa, eché á correr, y aquí estoy dispuesto á marcharme antes que me cojan los del Conde.

—Sí, márchate, márchate cuanto antes, exclamó Inés, que consternada había oído la relación del paje. Tu locura puede sernos funesta.

—¡Ah, no, señora! ninguna necesidad tenéis de decir que me habéis visto, y cuando la gente

del Conde pregunte por mí contestad que me he ido á Tierra Santa. Sé el camino más corto; con un buen caballo estoy en quince días en Marsella y en un mes con los cruzados.

Inés no oyó estas palabras ni pensó más en el paje; lo único que se le quedó presente fué la frase de Martín: «¡El ejército cristiano ha perecido en Antioquía!» frase que confirmando sus temores desgarró su corazón. Sin embargo, en tan terrible momento Dios la envió un rayo de esperanza, y recordando la contestación del paje, exclamó: «¡Eso es mentira!» y como si en efecto estuviera convencida, serenó su rostro, y volvióse tranquila á la capilla después de ordenar á su nodriza que, sin saberlo nadie, proveyese á Luís del dinero necesario para hacer el viaje rápidamente.

V.



No había muerto Martín el escudero, como pensaba Luís; sino que medio ahogado por las hercúleas fuerzas de éste, cayó al suelo, y al caer hirióse la frente con una piedra, y se desmayó. Pasósele á poco el desmayo, recobró los sentidos, miró á todas partes, y como no viera á nadie, levantóse y echó á andar á tan buen paso, que á las dos horas del lance llegó á Thiercy, donde impaciente le esperaba el Conde para saber el resultado de una comisión que le había dado. El cual cuando vió llegar á su escudero, con la frente cubierta con un trapo que á modo de venda se le llegaba hasta las sienes, roto el traje, descompuesto el semblante y con aire de contrariedad, echóse á reír en sus barbas, y exclamó:

—Paréceme, amigo Martín, que hoy has ido por lana y te han trasquilado. Cuéntame, cuéntame la nueva contienda en que tu pendero genio te ha metido, y en la que presumo habrás llevado la peor parte. Estoy seguro que lo menos has despachado á cinco de tus contrarios, antes de recibir ese chirlo que con tanto cuidado tapas.

—Para cuentos vengo yo, señor Conde, cuando lo que quiero es venganza y venganza terrible.

—Véngate en hora buena, que ya sabes que aquí nadie se ha de meter contigo por lo que hagas por ahí fuera. Figúrome que has sido sorprendido por algún amante á quien ibas á hacer mal tercio, y que él con sus amigos te han aporreado.

—Os figuráis mal, señor Conde, he sido batido y batido por toda regla por los que á vos os batieron.

—¡Qué! ¿qué es eso? exclamó el Conde como quien recibe un golpe imprevisto.

—Lo que es, señor, es que hay gentes de Beaumont tan insolentes que se atreven á desmentiros y á insultaros en mis barbas; y que porque yo tomo vuestra defensa me aporrean y maltratan hasta dejarme por muerto.

Cada una de las palabras que el escudero iba



pronunciando con pérfida malicia, hacían en el Conde el efecto de gotas de plomo derretido que le cayeran encima. Púsose lívido al oír el nombre de su antiguo vencedor, amarillo al escuchar que le habían llamado embustero, y rojo de ira al saber que por defenderle habían herido á Martín. La antigua enemistad que profesaba á su vecino mostróse claramente en su semblante; dibujóse en él el triste recuerdo de su humillación pasada, y luego el ardiente deseo de la venganza estalló en el viejo Conde con tantos bríos como si sus setenta años no hubieran calmado las pasiones de la juventud. Al momento preguntó á Martín quién mandaba á los de Beaumont que le habían herido, y el astuto escudero contestóle que el hijo del caballero de Armac, con lo que sin mentir del todo, pues Luis mandaba á los robustos brazos que habían dado con Martín en tierra, confirmó al Conde en la idea de que varios servidores del Barón se habían unido para aporrearle.

—Me alegro que sea un noble quien te haya herido; así yo tomaré tu venganza por mi cuenta. Hora era ya de que borrara mi pasada injuria, y pues los de Beaumont han roto la tregua, sufran ahora las consecuencias.

Cuando el Conde tomaba una resolución, los obstáculos que se le oponían lejos de detenerle le excitaban. Hombre de fuertes pasiones, colérico, soberbio y vengativo sobre todo, cegábase lamentablemente y atropellaba por todo con tal de dar gusto á sus inclinaciones. Martín, que le conocía mejor que nadie, al verle tan irritado y oírle formular el propósito de tomar venganza solemne, le dijo, como para calmarle:

—Ved, señor, que la injuria es mía, y que yo sé muy bien vengarme de mis enemigos, sin necesidad de que vos salgáis de vuestro castillo, y os acusen luego de que turbáis la paz.

—¿No has dicho que los Beaumont me han llamado embustero, replicó el Conde con creciente enojo? ¿No has dicho que por defenderme te han herido? ¿pues de quién sino mía es la afrenta por más que los golpes sean tuyos?

—Mas ved, señor, que de salir vos, van á creer que todo esto es un pretexto para aprovecharos de la ausencia del Barón, y van á declararos incurso en la excomunión que hay contra los que quebrantaren la tregua ó tocaren los bienes de los cruzados.

—Que digan lo que quieran; que piensen como se les antoje: bastante he sufrido, y puesto que la ocasión se me viene á las manos, he de aprovecharla cuéstemelo lo que me cueste. Antes de doce horas Beaumont será mío, y habrá terminado para siempre la enemistad de las dos casas. El Barón no ha de volver nunca, y no es cosa que deje á sus hijos los medios de que hagan guerra á los míos.

El Conde no tenía más que dos; uno que estaba con parte de la gente de su casa en Oriente y que se llamaba Augusto; otro que vivía en la corte al lado del rey Felipe I, llevando poco más ó menos la misma vida ligera y licenciosa que éste. Amaba á los dos, pero sobre todo al último, llamado Enrique, el cual era como su padre violento y dado al juego; mientras que Augusto, grave, formal y de buenos sentimientos, parecía

una protesta viva de su conducta y un continuo censor de sus extravíos. Por eso le había mandado á Oriente, mientras que al segundo le tenía en París para verle con más frecuencia y para que allí ganase honras y empleos. Los dos her-



manos, tan diferente en carácter, eran hijos de dos distintas madres, y se llevaban más de diez años de edad. Augusto frisaba en los cuarenta; Enrique no tenía aún los treinta, y miraba con cierto rencor á su hermano, á quien llamaba el monje, porque no le gustaba la vida libre que él hacía. El Conde, á pesar de su predilección por Enrique apreciaba á Augusto, quien por su valor, su firmeza y la nobleza de sus acciones daba gran brillo al nombre de Thiery. De antiguo abrigaba el Conde la idea de engrandecer á Enrique, sin perjudicar sin embargo á Augusto, en quien veía á su heredero, y para ello había soñado en tomar á Beaumont y obtener, por la amistad que el rey profesaba á Enrique, la confirmación de su conquista.

Salióle mal, como hemos dicho, la primera tentativa, pero ni le quitó la derrota las ganas de volver á las manos con los Beaumont, ni olvidó un solo día su propósito. Unicamente lo tenía como en suspenso hasta que se le ofreciera ocasión favorable, y como ninguna, á su parecer, fué mejor que la que le presentaba Martín, se apresuró á cogerla.

Calmóse poco á poco su enojo, y empezó á dictar las órdenes para que aquella tarde se reunieran trescientos ginetes en los alrededores de Thiery; publicó entre sus vasallos y servidores la noticia de que los de Beaumont le habían insultado gravemente, cosa que Martín confirmó por su parte mostrando su reciente herida y abultando considerablemente su relato, de tal modo que trabajo hubiera costado á cualquiera averiguar por las señales que daba, que un pajecillo solamente fuera el causante de aquel rasguño y la ocasión de todos los aprestos guerreros que se hacían.

Al verlos el Conde no podía contener su alegría; iba á cometer una iniquidad, pero como con ella colmaba á la vez sus sentimientos, su ambición, el amor á su hijo, su orgullo ofendido y tantas otras mezquinas pasiones, y como lo hacía, á su parecer, con justa causa, encontró base contento y satisfecho.

(Se continuará).



SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. 3 ptas.

SALIDA DE MISIONEROS

Los siguientes Religiosos de la Congregación del Espíritu Santo embarcaron en distintas fechas, con dirección á las Misiones:

El 23 de Noviembre en Liverpool para Sierra Leona, el R. Padre Jaime Brocone, provicario apostólico; el 25 en Marsella para Gabón el R. P. León Jeanroy, y para Senegambia el R. P. Honorato Salles; el 6 de Diciembre en Lisboa para el Bajo Congo el P. Ignacio de los Santos; el 25 en Marsella para la Guinea francesa el H. Claudio Desserveltaz, y para Senegambia el H. Cipriano Houamer; el 26 en Burdeos para la Martinica el H. Fulberto Heim; el 6 de Enero en Lisboa para la Cunene los RR. PP. Muratau y Eugenio Ehrhart.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA LIGERA

para uso de todo el mundo, por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Se han reimpreso los opúsculos agotados, y pueden pedirse los números que se deseen, ó colecciones completas, que constan de 100 libritos distintos.—PRECIOS: Un ejemplar 6 cént.; docena, 50 cént.; centenar, 4 ptas.; 500, 8'75 ptas.; mil, 35 ptas. Hallanse en venta en la *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona



FÁBRICA DE PIANOS DE COROMINAS Y RIERA

PIANOS de todas clases reconocidos como superiores.

Cambios y reparaciones de toda clase de pianos y armoniums.—Catálogo gratis.

PRINCESA, 45, BARCELONA



CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS
Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA
HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases.—Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecós en todas clases. Eneajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talaes, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades. Imágenes de talla en todas clases.

INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN
PARA LA IGLESIA,

DEL

DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 4 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del Dr. SASTRE Y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del Dr. MARQUÉS contra la tos. Probadlas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués

Hospital, 109.—Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona